

15 Poetas ecuatorianos

Cuando se cierra la puerta

Antología de textos sobre el confinamiento



Cuando se cierra la puerta

Antología de textos sobre el confinamiento



MINISTERIO DE CULTURA Y PATRIMONIO
INSTITUTO DE FOMENTO A LA CREATIVIDAD Y LA INNOVACIÓN



El Ángel Editor

Urb. Dammer, calle Félix Valerino E10-87

Telf: 2418214 / 0998111118

© Cuando se cierra la puerta. Antología de textos sobre el confinamiento

Proyecto Ganador del Fondo de fomento, la cultura y la innovación
Convocatoria 2020

Derechos reservados conforme a la ley

Director: Xavier Oquendo Troncoso

Editores: Santiago Grijalva – Juan Suárez – Xavier Oquendo Troncoso

Ilustración: Christian Zurita Estrella

Diagramación y diseño de portada: Christian Zurita Estrella

Fotografías: Mishel Cabanilla

Fotografías de autores

Quito, abril de 2021



MINISTERIO DE CULTURA Y PATRIMONIO
INSTITUTO DE FOMENTO A LA CREATIVIDAD Y LA INNOVACIÓN

Cuando se cierra la puerta

Antología de textos sobre el confinamiento

Cristian Avecillas Sigüenza

Eduardo Alfonso Bravo Moncayo

Rubén Darío Buitrón

Gabriel Cisneros Abedrabbo

Gabriel Galarza Mier

Cristián Londoño Proaño

Ximena Mendoza Párraga

Katherine Mera Pereira

Lilia Quituisaca-Samaniego

Elsy Santillán Flor

Estefany Vaca

Javier Valencia

Carlos Vallejo

Sara Vanégas Coveña

Jorge Vinueza





Cuando se cierra la puerta

Se ha cumplido un año desde aquel dictamen universal del encierro. Hay que defenderse de la propia naturaleza, de la nuestra. Cerramos las puertas y nos enjaulamos obligatoriamente en los sitios que nos resguardan, dejamos de creer que la libertad era una cosa del ser humano y pasamos a formar parte de los enclaustramientos: las jaulas de los pájaros, los monasterios, los zoológicos, la tecnología, todo lo que nos encierra. La libertad debía ser escrita desde otra perspectiva, desde otra forma de ver el paisaje. Debíamos objetar de manera distinta.

Un año ya sin creer en el libre albedrío, sin ejercer la libertad desde los límites de nuestro territorio, de nuestro aire, de nuestro cielo, de nuestro sol. Debíamos buscar consuelo en el encierro, aprender a convivir con las cosas más íntimas y personales, con la familia nuclear, con los libros, los objetos que hacen la casa, el terreno que se puede tener cerca como un jardín consolador y las redes sociales: el no lugar que se abrió, que se expandió para la poesía, para las artes, para estar cerca de los otros a través de la palabra.

Las millones de experiencias que va dejando el confinamiento en los seres humanos son estremecedoras, dolorosas y empíricas. Hemos cambiado para siempre. Somos hijos de una nueva era removida por las normas de una soledad que experimentamos en compañía.

Gracias al Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador pudimos tener acceso a unos “Fondos de emergencia” que salieron para los artistas. Casi 50 personas nos hemos juntado para crear este proyecto “La poesía se toma la red”, para presentarlo a través de lo digital. Textos en prosa y poemas que hablan de experiencias en el encierro, -este estado inédito en nuestra época contemporánea-. El mundo cerró sus puertas para recrear una nueva forma de vivir en comunidad. En las plataformas digitales, en este último año, se han registrado miles y miles de horas de grabaciones en vivo, lecturas, videos, canciones y demás recursos que enaltecen la vitalidad del arte y la característica más importante que tiene para nuestra supervivencia: el poder de la sugerencia y la percepción.

Presentamos esta Antología de quince autores de la literatura ecuatoriana contemporánea para que su lectura sea cómplice, una reafirmación para entender que el arte es un soporte universal no solo de expresión sino también de libertad y de fuerza.



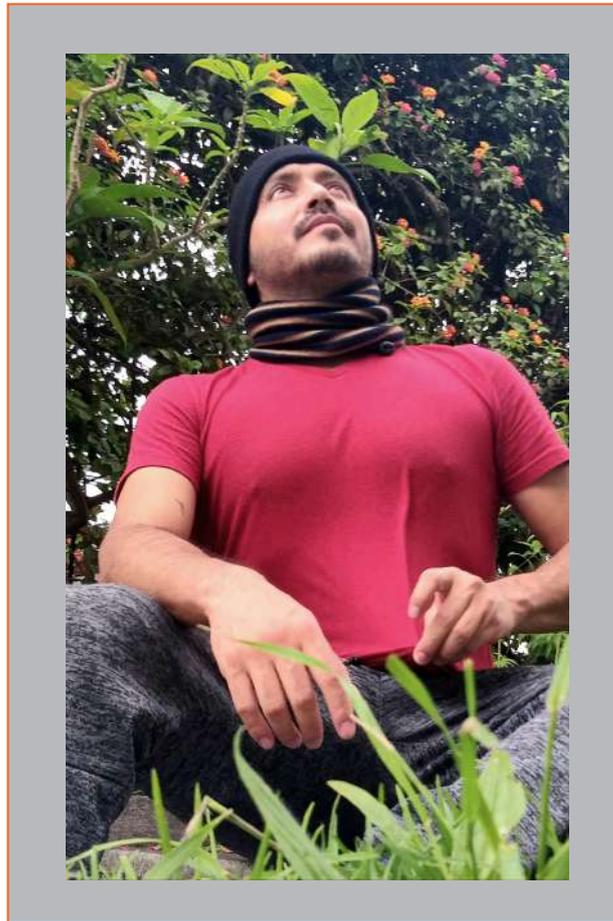
Esperamos tener miles de lectores y que su mensaje sea, además de efectivo y cómplice en su reacción estética y en su mensaje, un pretexto para que los seres humanos sigan escribiendo con fines terapéuticos y creativos, para bien de la humanidad que sigue creyendo en la vida, en el sol, en el día esperanzador que viene luego de la larga noche.

Xavier Oquendo Troncoso

El Ángel Editor

Quito, 3 de abril de 2021





Cristian Avecillas Sigüenza

(Quito; 1977)

Director, actor y dramaturgo de TEATROMIENTO. Ha publicado en poesía: Todos los cadáveres soy yo (4 ediciones; galardonado con Mención de Honor, 49° Premio Internacional Casa de las Américas, Cuba, 2008), Ecce Homo II (4 ediciones; galardonado con Premio Nacional de Poesía César Dávila Andrade, Cuenca 2008), La identidad femenina (El Conejo, 2008; galardonado con Mención Particular, Premio Global de Poesía Nösside, Italia, 2008), Abrazo entre caníbal y mujer enamorada (El Quijote, Siria, 2009), Caricias Lunch (La fraternidad, Argentina 2011), Estrategias para descarriar a una mujer (2 ediciones), Los Tiempos de la Humanidad (2 ediciones; galardonado con Mención de Honor, 54° Premio Internacional Casa de las Américas, Cuba, 2013; Premio Fondos Concursables, Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador, 2015).





Confinamiento

Dedicado a Guayaquil
y a los más de veinte mil seres humanos
que fallecieron en abril 2020
Hasta la poesía siempre

1.

Este es el final del tiempo porque casi nadie tiene madre:
ya no queda casi nadie para amar.

Qué es un siglo para el niño que perdió a su madre en un segundo,
qué es la luz para la niña que contempla al mundo como a tumba.

Ojalá fuese un incendio:
al menos desearíamos correr en llamas para abalanzarnos en un charco.

Ojalá fuese un tsunami:
al menos buscaríamos reconocer a los parientes que se van flotando.

Ojalá fuese un suicidio:
al menos lograríamos mentir diciendo “hasta mañana”.

Pero este es el final del tiempo:
todos los cuerpos se parecen.

Qué es la vida para un hombre que se queda de repente sin amigos
y que luego cae en cuenta
de que también sus enemigos
mueren igual, se hinchan igual,
apestan igual.

Qué es la tierra para una mujer que sabe que ningún cadáver tiene madre.



Qué es el cosmos para dios
si ya no existe la única criatura que creía en dios.

2.

Este es el final de nuestra tierra:
ya no existe diferencia entre enterrar a alguien y desenterrar a alguien.

Este es el final del país:
nadie tiene que velar a nadie porque si no hay gente no hay país.

Este es el final de toda patria
y la poca luz que ahora nos llega sirve para ver morir a los demás.

3.

Este es el final de dios
porque si no hay gente ya no hay dios.

El rayo pálido de dios ahora significa
que los cuerpos pueden preceder a un arcoíris.

El rayo rojo de dios ahora significa
que la sangre coagulada es religión universal.

Este es el final de dios
y la poca fe que ahora nos queda sirve para ver morir a los demás.



4.

Este es el final de las familias.

Porque antes escuchábamos decir a un sacerdote:

“Hijos, no pierdan la fe”,

y ahora escuchamos decir a un padre de familia:

“Hijos, no pierdan mi cadáver”.

5.

Este es el final del amor.

Antes nos decíamos:

“Amémonos un poco para que vivamos otro poco”.

Ahora nos decimos:

“Veámonos morir”.

Antes adorábamos dejar gemidos entre nuestros corazones;

ahora no sabemos si quien gime

ama o muere;

porque este es el final de todo amor.

6.

Este es el final del país porque si no hay gente no hay país.

Y quienes nos presiden

solo están patrocinando nuestra muerte.



7.

Antes contemplábamos nuestros paisajes
y podíamos decir que la más bella travesía era hacia adentro.

Ahora contemplamos los paisajes y decimos:
“Solo distanciándome podré salvar la vida de alguien”.

Porque abrazar no es otra cosa que matar.

8.

Antes nos maquillábamos para salir a enamorarnos,
ahora nos maquillamos para agonizar.

Porque salir de nuestro encierro
no es otra cosa que matar.

9.

Sin embargo, todavía existen dos algarabías:
la de aquellos que predicán que el final del mundo ya está cerca,

y la de aquellos que por fin se han acercado a la poesía
para imaginarse otra manera de morir.

10.

Sin embargo, todavía existen dos expectativas:
la de la tierra seca liberada al fin de nuestras huellas,

y la de la naturaleza que comprende
que las trizas del atardecer
fueron flora humana marchitándose en las eras.



11.

En estos días, la belleza es ya haber muerto:

para el creyente, todos somos un dragón
que con cada llamarada dice “infierno”;

para el ateo, todos somos hijos de alguien
a quien no podremos enterrar.

porque en la belleza de estos días no hay después.

12.

En estos días, la conciencia es ya haber muerto:

todos somos una sola podredumbre.

y los buitres que planean cerca nuestro
Son los que nos dan identidad.

13.

También la ciencia es ya haber muerto:

por primera vez en la memoria de la tierra
los científicos nos dicen:

“Que comience de una vez otro universo”.



14.

También el feminismo es ya haber muerto:

lo mismo son las vísceras de un hombre que las vísceras de una mujer,

lo mismo son los húmeros de un hombre que los húmeros de una mujer,

y la testosterona apesta igual que los estrógenos.

15.

Porque la cultura ha muerto

y respirar es como hacer contracultura

porque es casi obsceno todavía respirar.

Y si alguien necesita educación,

hay propaganda:

los añicos de la gente.

16.

Quedará una foto que ya nadie más podrá enmarcar con alegría

y algún muñeco de vudú que nadie más podrá clavar con saña,

quedará un parásito con ganas de comerse a un hombre

y unos cuantos perros que regresarán a ser salvajes,

Quedarán amores de papel crepé y desamores que estorbaron,

y alguna madre en la ventana

esperando otro terror.



17.

Quedará la maleza.

La maleza entrando en los jardines,
la maleza camuflando a los ratones,
la maleza argumentándole a las flores:
“Yo soy el espíritu que rompió a las piedras”.

La maleza llena de reptiles y de albergues de chamanes,
la maleza aleccionándole a la tierra para no preñarse de palabras,

la maleza siendo la expresión del mundo,
la maleza, soportando la poesía,
la maleza, inspirando a la alimaña,
la maleza, haciendo el más allá:

el más allá,
que es la maleza.

18.

Quedarán las telarañas.

telarañas en los juegos infantiles
para que la sangre de los niños muertos en pandemia
sea la sangre de dios.

Telarañas en el centro de las ruedas y en la lengua de los profesores oxidados.

Telarañas en las brocas y en las ganas,
telarañas en la ley de dios.



19.

Pero quién pudiera percibirse como un niño ahora,
excepto aquel que huyó de casa
para ya no respirar el cuerpo descompuesto de su madre.

Y si vemos a otro niño caminando hacia las canchas
es porque desea recoger una piedrita
para tener algo que tocar.

20.

Pero quién pudiera percibirse como una mujer ahora,
excepto aquella que se marcha al campo
donde amar es no extinguirse,
donde amar es lo rural.

Y si vemos a otra mujer que es todo agradecimiento
es porque aún puede tocar.

21.

Pero quién pudiera percibirse como un hombre ahora
excepto aquel que ha comprendido que ya todo es lo mismo:

la victoria es haber muerto sin haber sufrido demasiado,
la derrota es haber muerto sin haber sufrido demasiado.

22.

Pero quién pudiera percibirse como un ser humano ahora

si nadie puede sepultar los cuerpos de sus padres,
si nadie quiere sepultar los cuerpos de sus hijos.



Quién puede sentirse humano ahora
si cuando estamos respirando boca arriba
esperamos que el espíritu santo venga usando mascarilla.

Quién puede sentirse humano ahora
si cuando estamos respirando boca abajo
esperamos que el forense se despierte tras soñarnos.

23.

Pero quién pudiera percibirse como un ser humano ahora
si ser humano ahora es distanciarse de la humanidad.

24.

Nadie.

Nadie puede percibirse como “alguien”
porque estamos igualados en el nadie:

Humanidad es admitir
que tus muertos son los míos y mis muertos son los tuyos.

25.

Humanidad es intentar morir en masa
para dedicarnos a excavar fosas comunes.

Humanidad es comprender
que casi todo lo de afuera ha muerto
y que adentro, casi nadie tiene madre.

Humanidad es producir más niños
y dejar de respirar para que no se les acabe el aire.



Humanidad es ofrecerle garantía a los que más poseen
para que persistan en el palco desde donde ven cómo morimos.

Humanidad es igualarnos:
nadie tiene pan para obsequiarle un pan a nadie,
nadie tiene valentía para darle valentía a nadie.

26.

Humanidad es confinamiento

porque haber llegado juntos al final del tiempo,
es humanidad.



Eduardo Alfonso Bravo Moncayo

(Ambato; 1975)

Psicólogo clínico. Magíster en estudios psicoanalíticos, sociedad y cultura. Docente durante 22 años a nivel superior. Publicó el libro “Acariciar delirios” -poesía y relatos cortos- (El Ángel Editor). Ha publicado como coautor en dos proyectos de libros digitales de poesía con El Ángel Editor. Sus textos han aparecido en el blog de poesía “Homero y sus players” y en la revista “Rizoma, plataforma de poesía”. También participó en el audio libro “antología poética contemporánea “versotrasverso” junto con la casa de la cultura ecuatoriana y “luevediciones”. Ha participado como invitado y parte del equipo organizador en el encuentro internacional de poesía en paralelo cero 2018, 2019 y 2020.





Las paredes se hacen con miedo

La ciudad estuvo maravillada con las noticias mundiales que anunciaban la vuelta de los animales a las calles. Todas eran falsas... como si el silencio quitase la desconfianza hacia el hombre.

Más ingenuos son los muertos y de ellos quiero hablar. Sin entender el encierro, solo han aceptado su destino en el cementerio. Lo bueno es que no se acuerdan que se les prometió un paraíso.

En la tierra pasamos pensando que son los curas los representantes de dios, cuando, en verdad, son los gobernantes. Ellos saben perfectamente que luego de la muerte viene el olvido; los vivos olvidan, los muertos olvidan; hasta la muerte olvida, porque le gustan los vivos.

El olvido -dentro de un nicho y con toque de queda durante el día- sale en la noche a deambular, disfrutan del olor a flores podridas, del agua estancada y juega con las ratas, que son la muestra de la desmemoria. Cuando se muere la carne, el alma no vuelve a su sitio, como decía la canción El Rin del angelito. El alma se queda difusa y aturdida en las veredas agrietadas de su última morada.

El miedo del hombre vivo es el que confinó a los hijos de la muerte a terrenos putrefactos que solo se llenan de colores un día, ahí por noviembre. El miedo de aquello que está más allá, el miedo a la decadencia de los huesos, a los poderes metafísicos de quienes han cruzado el umbral genera algo tan brutal que aturde a quien debió estar en otro sendero, quien debió seguir caminando hacia sinergias distintas, con seres diferentes y terrenos hedónicos, a otra muerte, menos abyecta.

Los muertos son como los niños, empiezan por levantarse de sus cunas, gatean y luego caminan erráticamente; al inicio no tienen movimientos voluntarios en sus extremidades, pero con la debida estimulación pueden caminar bien y alcanzar objetos. Claro, eso sucede más con los niños. Pocos son los muertos que alcanzan esa independencia y, cuando lo hacen, son de esos a los que los curas, las brujas y los espiritistas mandan a callar con rituales dignos de satanás o, al menos, más dignos del marketing que le hacen al pobre diablo.

Sin embargo, los muertos están atados al miedo humano mucho más que los niños -que también sufren de él-, solo que a los infantes si los dejan avanzar hasta ser aquellos que encierran a los muertos y, si no lo hacen, los maten para que estén encerrados.

Vivimos tiempos distintos, ahora que el miedo no está haciendo bulla en las calles. Los vivos nos estamos retorciendo dentro de nuestras casas, con un miedo distinto, un miedo real. Ya no gozamos del miedo de no ser visto, de no ser importantes o venerados. Esos miedos que nos hacen comprar bisutería y



máquinas fantásticas para existir, que nos empujan a buscar educaciones más imponentes y gozar con cartones que nos ponen nombres nuevos.

Los vivos podemos dejar de existir por un virus que nos aqueja. Hemos dejado las calles tan limpias que los muertos dejaron de reconocer el límite impuesto por nuestro miedo.

¿Han visto como, en las películas de zombis, ellos salen a caminar con las manos al frente, como si estuviesen tanteando y a ciegas? Ahora lo entiendo, porque en la calle de mi barrio, vi a los muertos caminar, así, tratando de encontrar las paredes de los temores humanos.

Salieron la otra noche, mientras yo solo podía dar vueltas en mi jardín. Eran como cinco y no parecían buscar nada, solo más espacio. El olor no era tan feo como uno se podría imaginar. luego entiendes que son solo almas y que no traen cuerpo. A la final, ni las almas ni los miedos son tangibles, de ahí su tan estrecha relación.

Eran cinco, decía: tres mujeres que deben haber sido bellas, aunque sus vestidos estén hechos de flecos y sus huesos se vean tan blancos como la conciencia que nunca tuvieron y dos que parecían hombres, porque andaban tan andrajosos como deben haber sido en su paso por este infierno. Solo pasan, daban pasos lentos, pero se van acelerando un poquito a medida que constatan nuestra ausencia.

No puedo negar que yo sentía un cosquilleo parecido a la previa de una parálisis. No había querido esa noche ver las estrellas, pero algo me empujó y acabé por verlas y sentir la paz de los muertos cuando caminan.

Fue una noche sin mayor giro existencial, solo el pensar cuántas veces habrán querido salir del cementerio o sí en verdad nunca habían notado que podían ir más allá. Quizá era lo segundo y volví a pensar en los niños, que también sufren del miedo humano. Es probable que me haya equivocado porque al niño se lo lleva a la escuela por miedo a que no tenga futuro, no se le deja correr por miedo a que se caiga, no se deja gritar por miedo a que lo crean loco ni se le permite saltar en los charcos por miedo a que se resfríe.

Es una lástima que no pueda terminar de la misma forma este escrito porque, ahora que pienso en los niños. Recuerdo, temblando, que a mí también me mató el miedo a los vivos. Ahora no puedo dibujar en las paredes y escribo para ver si alguien me lee, no logro ensuciarme las manos en el lodo y uso la corbata de mi abuelo para verme distinguido, aunque no me distingo entre las gentes. Ya no puedo conjugar las alegrías haciendo cascaritas en el patio de la casa y tengo que ser el que se enoja si me rompen una ventana, sigo tratando de no volver al jardín. No vaya a ser que el siguiente muerto que vea, sea yo.



Rubén Darío Buitrón

(Quito; 1966)

Poeta, narrador y periodista. Ha publicado diez libros en diferentes géneros. Su más reciente obra es la antología poética “Oscuridad de las luciérnagas” (El Ángel Editor, 2020). Es director y fundador del portal digital loscronistas.net, donde publica historias de la coyuntura nacional y mundial. Próximamente publicará dos nuevos libros, uno de poemas y otro de relatos breves.





De la vida frágil

¿Alguien sabe si es así?, ¿si una oración es suficiente?, ¿si los pájaros empapados o las mariposas de alas oscuras son anuncios de más dolor, de más vacío, de más tristeza?

¿Estaremos muertos ya? ¿Habrán tirado nuestros cadáveres a una fosa común? ¿Alcanzarían los parientes a despedirse de nosotros o no lo necesitaron ni los necesitamos, porque ellos pronto estarán como nosotros, con nosotros, bajo la superficie de la tierra?

Nos habíamos convertido en protagonistas de la llegada de una nueva manera de actuar en la cotidianidad, de una nueva forma de enfrentar la comunicación interpersonal, de una nueva normalidad donde no existen los pequeños y sencillos rituales.

¿Desde cuándo nos abrazábamos los seres humanos? ¿Quién inventó el saludo con las manos?

No lo sabemos. Lo que conocemos es que ahora no. Ya no. Nunca más los seres humanos podrán expresar sus sentimientos con esa gestualidad. Quizás vendrán otros movimientos: las venias japonesas, el gesto de abrazarse a uno mismo en dirección a la otra persona que también hará lo mismo.

Ya no somos lo que éramos. Somos existencias que ya no existimos. Invasidos de terror ante lo inexplicable, nada es igual, ni siquiera las que podrían ser monotonías imposibles de eludir.

Podría ser hoy o mañana. O pudo ser ayer. Ya no tenemos certezas, estamos con las dudas atenazadas a nosotros, quizás esperando un milagro o, quizás, alguna fulgurante y piadosa escena divina donde podamos cobijarnos.

Pero, ¿alguien sabe dónde está Dios? ¿Dónde están los ángeles y los santos? ¿Llega el peligro hasta el lugar donde habitan o el riesgo solo alcanza a los terrícolas? ¿Tendrá tiempo para bendecirnos? Somos tantos que el cielo no alcanzará a despedirnos a todos.

Escuchamos el galopar de los caballos negros sin saber de dónde viene su sonido. Pero sí, son los caballos negros, aquellos donde van montados los jinetes que con sus guadañas van cortando cabezas.

Nadie sabe por qué estamos o estábamos caminando por las cornisas. ¿Buscando una última oportunidad de conseguir el equilibrio, una última oportunidad de no caer a los abismos?

Ya no sabemos cuáles son los momentos en torno a la oscuridad, en torno a la luz, en torno a los días y las noches, en torno a las muertes que el miedo produjo en el fluir de las heridas.

Tenemos más temores que los usuales porque nos sentimos desnudos, frágiles, impotentes.



Porque somos incapaces de detenerlo, porque no sabemos por dónde entró, quién lo creó, porque no sabemos dónde exactamente está, cómo actúa, cómo avanza, cómo va por el planeta repartiendo sus partículas de muerte y soledad e incertidumbre y luto sin que le importen los amores que se aferran a sí mismos como la vida también se aferra a sí misma.

Podría ser hoy o mañana. O pudo ser ayer. Lo que ya fue dolerá menos de lo que es o de lo que será. ¿Hay un espacio destinado a cada uno de nosotros? ¿Hay tanta tierra en el planeta donde quepan todos nuestros huesos? ¿Brotará un ciprés, un roble, un pino, un árbol de mango? ¿Seremos capaces, al menos, de convertirnos en una semilla fecunda? ¿Florecerán las margaritas, las orquídeas, las hortensias y las rosas en los vastos jardines del olvido?

A construir las moradas y las viviendas que quedaron flotando en el vacío, todas deshabitadas, luego de la devastación.

Y entonces seremos un pájaro, un copo de nieve, un insecto, una espuma de mar, una rama de un árbol, un pétalo de una flor.

Todos respirarán el aire sereno, el aire no amenazante, el aire que limpiará los restos del naufragio, el aire que ordenará los pedazos de luz desorientada, el aire que se repartirá en porciones iguales, el aire que traerá y llevará los maravillosos olores del desayuno final.



Gabriel Cisneros Abedrabbo

(Latacunga; 1972)

Ecuatoriano-palestino. Escritor, comunicador social y gestor cultural. Editor de más de cien libros, coordinó en Chimborazo la Campaña Provincial de Lectura “Cien Joyas para Leer”, en su gestión pública impulsó políticas y acciones para el desarrollo lector. Ha publicado una docena de libros, además, consta en antologías, periódicos y revistas nacionales e internacionales. Ha participado en diversas ferias del libro, encuentros y recitales. Varios de sus textos han sido traducidos al inglés, árabe, rumano y gallego.





Elegía al hermano que no duerme

A Boris Idrovo Vintimilla,
que se hizo tierra y pájaro en medio de la pandemia

Hoy el alba
es un círculo en la entrada
rompiendo dolores en los cuatro costados,
repicando réquiems
en los pedazos de luna
que aventaste sin miedo
a quienes escondieron
las brasas de su cuerpo,
a quienes olvidaron
que la travesía del agua
talla en la piedra
geometrías sagradas.

Eras la poesía
en su acepción más humana,
sin trucos,
limpia de todo miedo,
brutal al levantar
el aletear de los seres,
eras la poesía
con tu sonrisa llenando
la plaza y
las disquisiciones íntimas del alma.

Lloro tu muerte
frente a todas las palabras,
las que se callan,
las que cuelgan de los andamios de la espera,
aquellas que sostienen la desesperación de los libros,



aquellas que solías pronunciar
mientras a bocanadas
de utopía
masticabas el mundo
y dejabas volar
flores secuestradas del estanque.

Te canto
en la cadena fracturada,
porque quienes debían cantarte
en silencio te encienden,
te ven fundirte con el cuarzo
y el trigo,
en la cámara de reflexiones
donde testaron
el último adiós
al hierro que los esclavizaba,
te canto porque a pesar
de que mi voz está quebrada
es la única que puede sonar frente a tu ausencia,
quizá porque no alcance
a pintar contigo y la guitarra
más de una madrugada.

Lobo, escuadra y compas,
te quedaste guardando el anhelo
de las madres
que fueron desmembradas,
a las que les desaparecieron
el camino antes de andar,
te quedaste
con un silencio cómplice
no dejando que naufraguen
las historias que debían contarse,



te quedaste en las luchas
por el derecho a respirar la libertad.

Tres veces golpeo sobre la tierra
donde solíamos
despertar la belleza,
tres veces golpeo sobre el aire
la fuerza me abandona,
tres veces golpeo sobre los mares
la sabiduría se detiene en las lejanías,
tres veces te evoco
en los viajes que emprendimos
contra reloj,
las palabras se atorán,
me rompen
en tu eternidad de frutos en el candil.

No te alcanzo
aún muerto estas sobre el carromato y los equipajes,
médula
bailando en la belleza inenarrable de las estrellas,
aún muerto
no te detienes
te paseas en las medidas perfectas de lo justo,
aún muerto eres mejor que muchos
que respiran un aire que nos duele.

Bronce en los mares,
puerto en espera,
metrópoli de bonsáis sobre la bruma.
Te has encendido
y abrazas
las palabras que solían olvidarse.



Huella

Nos quieren borrar de la historia,
amor mío,
que no se sepa
que en las huelgas
pintamos las ciudades de poesía
y encendimos bibliotecas
con la física sagrada;
temen la libertad,
el olor de los nardos
y la irreverencia
que no guarda silencio;
temen que otros mirlos
se atrevan a cantar nuestras melodías.

Nos han puesto en cuarentena
y anuncian el naufragio
con un cinismo
que desgarrar lo bello y simple;
somos cristales heridos que sangran,
cristales heridos
que se resisten a morir sobre la niebla.

Ellos no saben,
amor mío,
que juramos sobrevivir,
que nuestra voz no se apaga
y que hay presagios
de una caverna abandonada
en el retomar el viaje y los senderos.

Cuando se cierra la puerta



Ellos no saben
que nos vamos a quedar
como huella fundida a la memoria.



Blues de las despedidas

Siempre temí tocar a los muertos,
sentir como
en el naufragio de sus miradas
sus costados se enfriaban,
verlos desvanecerse
en la cromática imperecedera del vacío;
temía que si untaba los pulgares
en sus manos podían llevarse parte de mí
al no retorno.

Este miedo se ha vuelto
como un viaje a imposibles,
donde las funerarias se llenan
y es una quimera
sentir como cambia
la temperatura del destino,
en mis sueños toco a los muertos
que he querido,
los abrazos con fuerza
unjo su cuerpo con aceites puros,
los visto
- con esa ropa que nunca se pusieron
esperando un día especial -
y los despido.

Ya no me da miedo tocar a mis muertos,
es más terrible su silencio;
el que nadie los sienta
aislados de todos,
envueltos en fundas de miedo;
es más terrible
no acompañar sus últimos caminos.



Decir que nos amamos

Las cosas que tocamos,
las copas de vino extenuadas,
el catre donde
nuestra juguetería se reinventaba,
la esquiva recepcionista
del hotelito
que nunca quiso mirarnos de frente;
tus amigos y los míos
que supieron,
que saben;
hoy que yacemos muertos
en nuestras rutinas sin color;
algo, alguien
se atreverá a decir que nos amamos.

Muertos,
en telarañas donde
nunca más será posible un milagro,
muertos en una asfixia
que no permite
en las nuevas semánticas
de las lejanías.

Si volvemos
un día
cuando las plazas,
los mundos subterráneos se abran,
y la esquiva recepcionista
levante los ojos,
nos mire
con curiosidad inentendible
tal vez podamos sentir

Cuando se cierra la puerta



que todo fue un mal sueño
y estamos vivos;
tal vez no sea necesario
que las cosas que tocamos
y quienes callan
deban decir que nos amamos.



El pájaro azul de Bukowski

Los árboles
se hacen cicatriz en los huesos,
nomenclatura de los seres
que se oxidan en la obsidiana
como un brote de eternidad no germinado,
cuántos monstruos inundados de belleza
se han extinguido
en el papel encerado de los supermercados,
cuántos monstruos que no eran monstruos
hemos clavado en una estaca
sin poder asfixiar el vacío
que cuestiona
la levedad de lo eterno.

El pájaro azul en el corazón de Bukowski,
es el mismo
que me desgarró desde adentro,
tampoco lo dejó salir,
lo arrinconó en un anuncio de felicidad calcinada,
ató su pico para que sus trinos
no me abran los ojos,
no le dejó pasearse en las estrías
de la mujer que me ama.

Emplumado de incontables muertes
me dice en mis adentros,
que no soy dueño de nada
que tarde o temprano
se han de extinguir los que borran los árboles
con una huella de humo fétido.

Cuando se cierra la puerta



El pájaro
que canta adentro del corazón de los seres
se ha ido,
lo busco,
quiero abrir la jaula, dejarlo volar,
es tarde
la libertad es un abismo que me aplasta.



Gabriel Galarza Mier

(Quito; 1987)

Periodista independiente, comunicador especializado en cultura. Docente de lengua y literatura. Participante del taller de escritura creativa de El Ángel Editor, con el que publicó una selección de cuentos y poemas en formato digital. Publicó su primer poemario Concurso de Voces (Liberta Cartonera; 2020).





Una ventana al paraíso

Yo, que canté una vez aquel jardín feliz
Por rebelión de un hombre perdido, ahora canto
Un Paraíso ganado para la humanidad
Por la firme obediencia de un hombre puesto a prueba
Por toda tentación, y el Tentador frustrado
En todos sus engaños, vencido y rechazado,
Y un Edén que se alzó en el yermo desierto.

John Milton. El Paraíso Recobrado.

Amaneció fresco, mojado, y aunque el terror estaba ya instalado en el centro de los corazones, afuera las nubes estaban más livianas y frescas. Se oían, incluso, los pájaros. No los motores desbocados de esfuerzo y madrugada, sino los pájaros, desnudos, inocentes.

Respiré: el aire inundaba los pulmones con niebla, tan frío que embriagaba y era como meterse en un río. O mejor, como si el río se metiese en nosotros. El gusto fue mayor cuando, en las pantallas, todos anunciaban el Infierno. ¡Ya! ¡Por fin! No más ruido incesante, no más contaminación. Estábamos obligados a detenernos. A mí me parecía el Paraíso. Los sollozos mudos en las pantallas planas tiraban malos augurios. El miedo y la culpa. Pensé en los monstruos del Infierno de Milton extendiendo sus alas sobre el mundo... pero el aire era más puro y las nubes más livianas.

No, esto era el Paraíso...

¡Pero qué horror! Caminar en lugar de correr, ¡qué espanto! ¿Y la comida, y el sudor, y el trabajo y el sufrimiento diarios? ¿Qué hicieron de nuestro pan de cada día? ¿Dónde estaba ahora nuestra angustia? Cada vez más perplejo, suponía el estertor infernal en los espasmos temblorosos de la gente. Y dudaba. ¿Cómo podían sentir tanto terror esas bestias?... ¡Ah! ¡Sí!, la Muerte. Ese monstruo liberado por Satán que ríe sobre el mundo... era verdad. Encerrado en el jardín del Paraíso, mi cuerpo ignoraba las alertas, pero estaba allí: la Muerte, con sus dientes impecables, su cara doble y sus élitros enormes.

Poco a poco su sombra se extendía sobre los rostros pálidos. La piedad producía sus efectos. La gente, enternecida, miraba a los débiles. El amor hervía en las sienes de los filántropos y los religiosos. Los



profetas señalaban lo evidente: en el Paraíso las alpacas, los monos, los venados y los osos caminan libremente. Era verdad. Una ventana se abría al Paraíso con una sorna que a cada hora era más terrible. El agua era más clara y los delfines saludaban en la orilla. Las ballenas cantaban y las aves cazaban sin remordimiento y sin barcos. Allí, sin velo, los ángeles del orden aparecían quietos e inmutables. Visibles luego de siglos, inexpresivos, esperando. Por un momento parecía que nuestros pecados fueron perdonados. Las mentes se abrieron, el sol brilló más fuerte. Había paz. Y esa paz eran calles vacías y maquinarias paradas y aire y polen y abejas. El Paraíso, a pesar del asfalto. La hierba creciendo en las bases de los edificios con más verdor que nunca... y el silencio, sobre todo el silencio.

Pero la visión era difusa. El alivio, tensión. Los ángeles inmóviles no conocieron nuestros rostros piadosos o espantados. Solo la Muerte, sin párpados, nos miraba fijamente y extasiada. Tardamos en comprender que una vez más nuestro ego se vestía de Cielo para arrullarnos, mantenernos en el sueño profundo de la nada. No se trata de nosotros. Caímos de rodillas ante el espejismo, desvanecido en el desierto. Nada, ni siquiera arena. La angustia volvía lentamente con una fuerza terrible. Monstruos de la mente embellecidos, lagunas de tiempo infranqueables, quietud espectral de muertos vivos...

Y horarios.

A correr, porque entonces mereceremos la paz. A destruir, porque esta no es la casa del Padre. Seremos eternos en el Cielo. Las llamas nos miran rumiando y los lobos se esconden, como siempre. Las montañas siguen quietas y heladas, a kilómetros. El viento está más frío y las nubes más livianas, pero nada ha cambiado. Caminamos espantados y con miedo del aire. La Tierra nos ignora y nosotros a ella. El terror está instalado en nuestros corazones. Somos los mismos.

Al menos, en la mañana, oí crujir al espejismo. Allí se abre la ventana al Paraíso, como una ilusión instalada para siempre en la mirada. Hay una cuerda deforme que se extiende desde el otro lado, llamándonos. Pero somos uno. Caminamos aferrados los unos a los otros, sin poder detenernos. Hay voces que gritan y advierten en medio de los parques, pero vamos sordos, amontonados.



Cristián Londoño Proaño

(Quito; 1973)

Escritor, académico, guionista, productor, realizador audiovisual, editor y director de la revista digital “Teoría Ómicron”. Candidato a Doctor en Comunicación por la Universidad de los Andes, Magister en Comunicación, en Guión y Desarrollo Audiovisual y Diplomado en Producción Ejecutiva. Inventó y desarrolló el concepto de la novela de fantasía andina. Publicó las novelas Misión Antares (2019); El retorno de la luz (2018), Doce Horas (2016), Underbreak (2015), El Tiempo Muerto (2015), Los Improductivos (2014) y El Instinto de la Luz (2011). En poesía: Desojare y Luna de Solitarios. Fue finalista del premio “Hero” de relatos de ciencia ficción del Tecnológico de Monterrey. Obtuvo el primer premio de la Bienal de joven poesía ecuatoriana y el primer premio compartido del Festival Al Aire Libre de Guayaquil. Escribió, dirigió y produjo varios documentales y series documentales como: “Jorge Enrique Adoum: el poeta desenterrado”, “La Belleza de Sentir”, “Arte de Sentir”, “Literamania” y otras. En el 2019 ganó la convocatoria de Script Doctors del Instituto de Cine y Creación Audiovisual del Ecuador.





Encierro

1

Hoy diecisiete de marzo del dos mil veinte

la vida cambió de un plumazo

sólo bastó un enemigo invisible

que contaminara nuestro aire

para sentirnos frágiles, quebrados

con la muerte respirándonos en el oído.

Nos dijimos que nuestro planeta empeoró hace años

cuando lo declaramos botadero de basura.

Enfundamos con plástico sus venas y tálamos sus pulmones.

Víctima de nuestro afán de alimentar

las fauces del capitalismo.

El enemigo invisible solo se mutó, creció y se multiplicó.

Hoy diecisiete de marzo de dos mil veinte

es el día en que las pantallas se encendieron.



2

La pantalla en mi mano muestra

a las personas desplomándose como insectos en las calles.

En la pantalla, en mi mano veo

que la muerte decora las calles de *La perla del Pacífico*.

La pantalla en mi mano me informa que escasean los féretros,

que las colas ya no son para pagar la planilla de la luz o del agua,

que las colas son para la morgue,

para reconocer a tu padre, a tu madre, a tu hermana, al amigo del barrio.

En la pantalla en mi mano leo

que en esta guerra no sirven las bombas atómicas ni las armas químicas,

que el gobierno no puede suspenderla.

En la pantalla de mi mano observo

que hay un *container*

que alberga muertos tricolores sin etiqueta.

3

Violeta mira por la ventana a un mundo de calles desoladas,

lo hace temprano en la mañana

al mediodía y a la noche.



Es su rutina. Ella espera que José Miguel llegue.

Mientras lo hace, recuerda los abrazos vigorosos,

los besos mañaneros,

las caricias que se deslizaban por su figura

y terminaban en su pubis.

Así fue la última mañana

antes que él partiera hacia ese hospital / campo de batalla.

En los días siguientes, José Miguel llamaba

y decía que los médicos / soldados batallaban con armas inútiles,

que el enemigo tenía todo para ganar

y finalizaba diciendo que las cosas avanzaban,

no entendía qué significaba "avanzar".

Tal vez lo contrario a retroceder.

Pero un día dejó de sonar el teléfono

y desde el balcón se quedó mirando un punto fijo sin encontrar sentido.

Ella se dijo que no sería pesimista.

En los siguientes días decidió recordar los brazos fuertes de su hombre,

su boca rústica y sus tersas manos.

Recordó las ocasiones que recorrieron juntos los parques,

se recostaron en la hierba



y perdieron horas entre abrazos y besos.

El teléfono suena.

Una enfermera le cuenta que José Miguel retrocedió

y es uno de los héroes de la batalla.

4

Ella tiene setenta y cinco años y sólo un deseo,

uno simple: abrazar a su hijo.

Ella tiene derecho a los abrazos.

Ya no soporta el encierro que ahoga su corazón,

ya no soporta mirar las mismas paredes,

ya no soporta encender la televisión,

ya no soporta sentir miedo del exterior,

ya no soporta que su hijo no la visite,

ya no soporta que todas las amigas la eviten.

Hoy está decidida, saldrá a pesar de que no lo puede hacer.

Ella coge su chaqueta

y cuando está apunto de salir de su casa,

su mano se detiene en el picaporte.



Afuera

la maldita enfermedad come millones de humanos.

Ella está parada en la mitad de una plaza,

siente que le falta el aire y va muriendo lentamente.

Reacciona. Quita su mano del picaporte.

No, no quiere que su sueño se cumpla.

Se da media vuelta y mira sus paredes,

parece que tienen un *color distinto*.

5

Esta vez no tengo salida, amor.

Estoy atrapada en este espacio momentáneo,

en este espacio en que tantas veces consumimos nuestros cuerpos.

Tomaste aguardiente como tantas veces lo hiciste,

para quitarte el estrés del encierro

y, como de costumbre, te transformaste:

inexplicablemente te enojaste.

Antes, cuando eso ocurría, lanzabas los platos,



yo salía de la casa, corriendo

y esperaba en un parque a que tu furia se aplacara.

Regresaba a la casa y te encontraba durmiendo en nuestra cama.

Pero ayer volviste a lanzar los platos,

no pude huir de la casa,

la pandemia me tenía atrapada,

secuestrada con miedo.

o te detuviste, seguiste más allá,

lanzaste tus puños y se estrellaron en mis brazos

en mi cara.

Corrí y me encerré en nuestro espacio momentáneo.

Escuché tus gritos y tus insultos

te voy a matar, te voy a matar, dijiste.

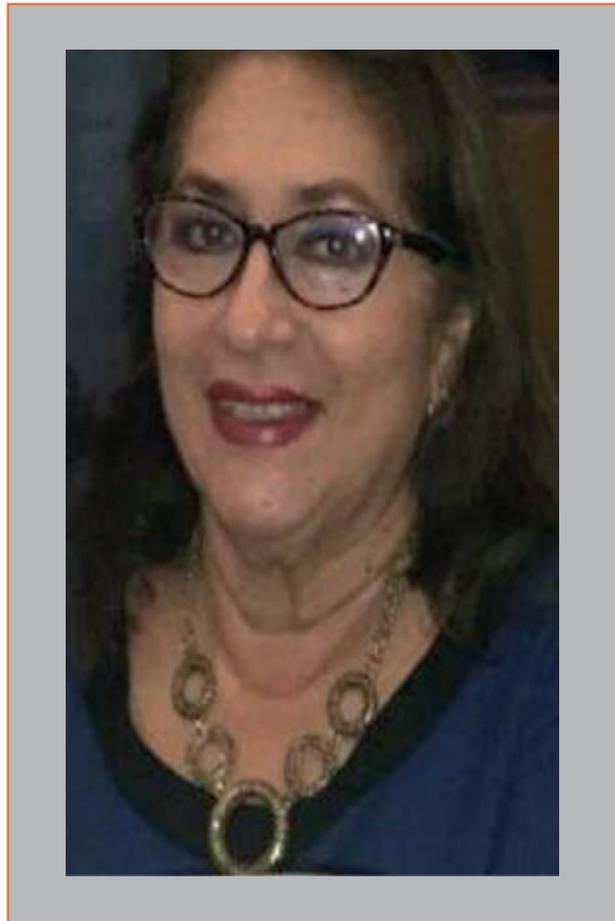
Me culpabas de la pandemia y de tu falta de trabajo.

Yo estaba en un rincón, en este doble encierro,

sintiendo que tus golpes habían hecho un agujero negro en mi alma

y diciéndome

que *todo* iba a estar bien.



Ximena Mendoza Párraga

(Portoviejo; 1951)

Licenciada en Trabajo Social. Ha publicado los poemarios: *La Piel del Silencio* (1975); *Incendio en el Alma* (1985); *Los Pájaros Ciegos* (2000); entre otros poemas publicados en antologías. Es miembro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y fue Presidenta de la Asociación de Escritoras de Manabí. Ha obtenido la condecoración al Mérito Cultural por el Ministerio de Educación y Cultura y la condecoración al Mérito Cultural otorgada por la Casa de la Cultura Ecuatoriana en 1995. Primer premio de mural ilustrado *Palabras con Vergüenza* (1973). Mención Especial Medardo Ángel Silva (1984), Mención de Honor en el Tercer Encuentro Internacional de Mujeres Poetas en la Mitad del Mundo en 2007, Segundo premio en el Cuarto Encuentro Internacional de Poetas en la Mitad del Mundo.





Corazón descalzo en tiempo de pandemia

Un nuevo calendario de emociones,
un tiempo a destiempo,
manecillas rotas,
despupilada la esperanza,
mi corazón con sus pasos descalzos
perdido entre sus aguas
resiste la sequía de esta ausencia,
gaviotas que deambulan
y en el espejo de sal
pierden sus alas.

La soledad es un grito ahogado
en este túnel que llaman universo.
Vuelven las mariposas a estrellarse
en los labios de la tarde,
caen los nidos de los árboles.
Parece que el tiempo no existiera,
el mundo se quedó en pausa,
pandemia y confinamiento en todos los idiomas
del planeta.

Estamos suspendidos en la incertidumbre
aguardando a la nada.

La poesía como antídoto,
como oxígeno a la vida,
le canta al dolor, al desamparo,
a la soledad y al amor,
desde entonces he bebido
y he comido palabras
sin contar las horas y los días.

Y entre sueños, descalzo el corazón
habita en un bosque de luciérnagas
dentro del alma.



Febrero

Hay veces que “otros” lanzan
el anzuelo
y niegan las palabras.
Y no es de asombro
para la gente normal.
A ustedes, los “otros”, qué les pasa,
tiran el anzuelo para cremar vidas
que no les pertenecen, estilizan
la silueta de la mentira
con todo el volumen de la farsa
hasta que se vuelven precisos
los antojos maquiavélicos.
Sí, a ustedes, los “otros”, les digo:
tienen mala energía,
los ríos se agitan cuando los miran,
la noche les aborta soledades
y algo se lleva el aire en sus narices.
No conocen el amor,
son extraños con el alma,
jamás distinguen lo que es un alumbramiento;
se ensañan con los inocentes
en la jugada tramposa,
son una pesadilla,
deben haberlo heredado
o se les pegó en el camino del mal.
A mano larga van cortando
las ilusiones y las esperanzas,
disfrutan de las familias huérfanas.
Arrancan la vida en todo el universo,
veneno purísimo, en directo
y por correo electrónico, para variar.



Abril

Porque nos dan golpeando el alma
por cada muerto tirado en los portales,
en cada despertar con sobresaltos,
con ese malestar de pájaro enjaulado
hemos perdido el color de los días.
Quizás tengan el gris de la tristeza
o el amarillo-verde de los campos;
todo es incierto,
no hay manera de abrazarnos
ni siquiera con los ojos
porque hay abismos que nos nublan las pestañas.
Entre mis letras
no hay un paso en falso
porque conozco un solo abecedario
que transcribe el amor de mil maneras,
que pinta un invierno en primavera
cuando las alas se rompen en el ocaso
y frente a todo lo que está pasando
ya no conozco la verdadera sonrisa
de la gente.
Ya no entiendo por qué les quitan la inocencia
a los niños
y a los vagones la ternura en el tren de los abuelos.
Sencillamente he perdido la noción
de los afectos maquillados
y la luz postiza en el umbral de ese cuerpo.
No comprendo esa gula
por conquistar el espacio
y que las estrellas dejen de ser
poesía, música o llanto.
Sin embargo, mas allá o más acá de todo
creo en los milagros

Cuando se cierra la puerta



y sigo soñando en el renacer
de un corazón grandioso
en los humanos.



Junio

Uno anda con recelo en cada sitio
como si allí se escondiera
quien te dará el machetazovirus
o tire de la soga para terminar con la vida.
Mis manos juntas se lavan,
se entienden bien
y miran de reojo la amenaza.
Para bajar el pulso del corazón,
comienzo a imaginar
colores diferentes en las paredes,
les doy otro giro a los libros,
adornos y retratos que me acompañan.
El tiempo que se escucha en un reloj
frente a mi cama,
la misa que no falta en la oración de las mañanas.
He cambiado sin darme cuenta mis horarios
para comer, leer, y escribir poesía.
No me asomo a la ventana:
la única que abro
es la que está dentro del alma,
desde ella percibo
los sueños galopando.
Más allá la sonrisa del vendedor de verduras
que ya no camina y nadie sabe nada.
Así, día tras día, lloviendo la nostalgia.
Sin embargo, la casa me llama
porque hay un puente hacia tus brazos.
La magia en tus palabras
hace florecer mi piel
llena de orquídeas y de fuegos pirotécnicos,
le dio la redondez, el frescor de las manzanas
y el vaivén de los trigales cuando los mece el viento,

Cuando se cierra la puerta



ha llenado mi piel de versos
y de largas madrugadas,
dejó sus huellas para salvarme
de la agazapada soledad.
Hoy es lunes, martes o domingo
¡qué más da!
hay que quedarse en casa.



Septiembre

Vida: contigo era la cosa,
tu corazón de dinosaurio,
la fruta, el café,
los pantalones bombachos de la risa,
la vida que se desperezaba
en las plumas de las aves,
en el maullido de los gatos,
en las ramas de los árboles,
la escoba que cantaba su faena
desde el andamio de los años.
Por dónde andas, vida,
en qué sitio te escondes.
Desde mis adentros te llama
la ronca bocina de mi alma.
Sé que estás de paso,
¡oh, vida!,
tiempo de hojalata,
mi ventana entreabierto
por donde se salen mis ojos
de la brutal soledad.



Diciembre

Celebro con la poesía

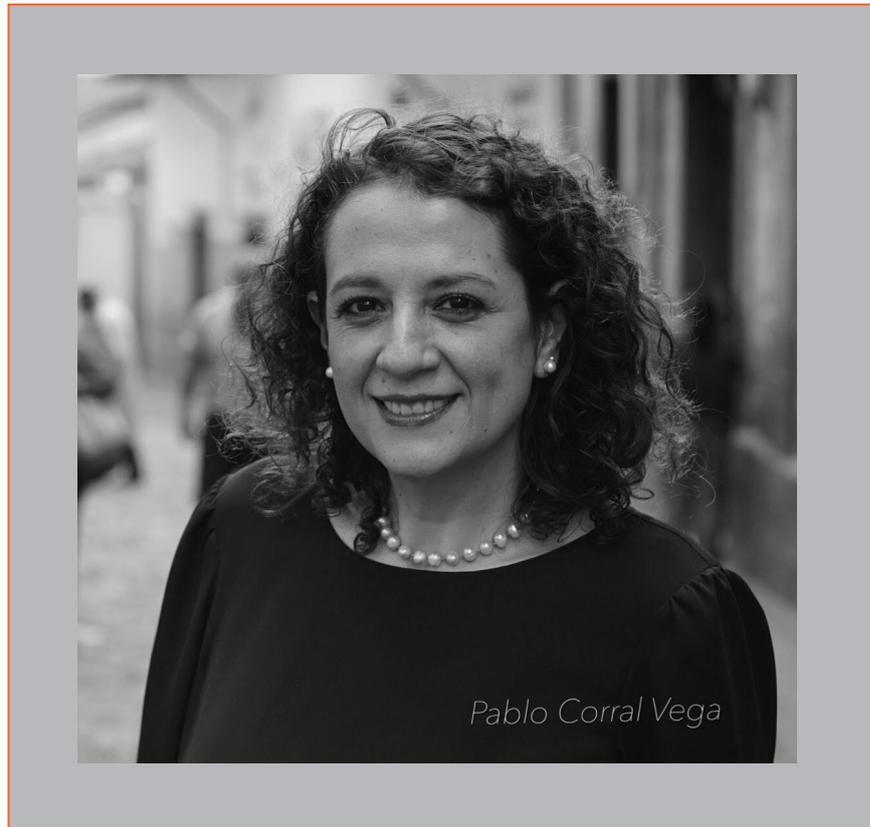
que me lleva a otras dimensiones,
mis pasos desnudan las ventanas
para darme oxígeno.

Somos libres. No nos han cortado
el perfume de las palabras
aunque raíz adentro el dolor nos muele
en desafíos de injusticias
y de hambre.

La esperanza, como un ojo bizco
en una máscara de fuego,
nos calcina el alma.

Si no fuera por ti
dónde estarían los alfabetos del amor,
tu pelo desvaneciéndose en la arena,
los labios sedientos del deseo,
la luz que traspasa el tiempo y los sueños,
la voz susurrante del silencio
y este resplandor del corazón
en plena lluvia del ocaso.

Poesía desde la sed al agua
desde la fruta a tu lengua
desde tu música al viento
desde mi angustia a la vida.



Katherine Mera Pereira

(Cuenca; 1974)

Licenciada en Ciencias de la Educación, especialización en Comunicación, Lengua y Literatura, Su primer cuento, “Un Cuento Raro de Navidad” obtiene el primer lugar Concurso Navideño (Cuenca; 1991). En 2014 obtiene el 3 lugar en el Concurso Construyendo Identidad (Quito) con el relato “Morlaca Soy”. El cuento “El bosque O’Rourke” logra el 3 lugar en el concurso Cuentiembre (Random House; 2015). Ha publicado el poemario Epístolas de Amor al Cielo (El Ángel Editor; 2019). Ha publicado en los Cronistas y la Máquina Combinatoria. Editora de la Revista Atmosferas.





Espirituosos y espíritus

Desde que estamos solos con mi fantasma, hemos querido encontrar alguna otra sombra que nos haga compañía. Para eso hemos desbaratado los baúles del desván, tratando de encontrar a alguien o a algo que reincorpore lo que vamos olvidando.

Me encontré con los cuadernos del colegio, mi madre los ha guardado, amarrados con un listón negro. Supongo que los leyó. Son aquellos *curiosos* de preguntas y respuestas que llenábamos para saber los gustos, la cotidianidad, los amores e inclusive los disgustos de nuestros compañeros. En el encabezado de cada hoja, escribíamos la pregunta y en las siguientes líneas colocábamos los números del 1 al 25 para que la persona que llene el cuaderno coloque su nombre en el número correspondiente y, según avanzaban páginas y preguntas, el número le pertenecía a ese individuo.

Según iban pasando las hojas, las preguntas se volvían más íntimas. Teníamos una hoja libre para escribir la historia más atrevida que hayamos vivido, o la fantasía más loca que se nos había ocurrido, miro a mi fantasma para animarnos a leer la historia y no sé si fue aterradora o demasiado vergonzosa, pero si puedo decir que fue la más aburrida. Nos llamó la atención la narración de mi amiga Mónica, muy divertida y mucho más real que la mía:

Mi compañero es mi gato Tomás, él se acurruca junto a mí en el sofá a ver series o alguna que otra película. Esta mañana durante la entrega del supermercado Tomás salió del apartamento desafortunado. Me parece que el olor del pan del departamento del frente es lo que le atrae. Tomás con su gran panza se dio modos para meterse por el enrejado. Recibí las bolsas de las compras y las acomodé en la cocina para luego esterilizar todo. Salí de inmediato a buscar a mi felino, quien al tratar de salir de la misma forma que entró se quedó atrapado entre las rejas. Mientras intento ayudarlo, la vecina asustada me pregunta qué pasó, e intenta ayudarme a liberarlo.

El contacto es totalmente visual, los cubrebocas no permiten ver el rostro por completo. Ella es una mujer de unos 21 años, muy guapa. Es la primera vez que tenemos cercanía y juntas tratamos de liberar a Tomás. Me dice que se llama Paula. Supongo que sonríe, el tapabocas no me deja divisar sus labios, pero sus ojos brillan de manera especial.

Paula lleva un short corto y una blusa semitransparente, no usa brasier así que noto sus pechos firmes, me doy cuenta de mi emoción me siento un poco incómoda. Además, llevo puesta una bata corta de tiras y Paula mira mis piernas, no quita su vista de ellas.

Logramos sacar a Tomás, pero se lastimó su patita. Mi nivel de sensibilidad es tan alto que rompo en llanto al ver la pata lastimada de mi gato. Paula me dice "tranquila voy por mi botiquín para curarlo; te parece si lo hacemos en tu apartamento, mis padres son viejitos y no puedo recibirte en mi casa". Es la primera vez que siento química con una mujer, pienso que el



encierro y la falta de contacto físico me están volviendo loca. Mis padres salieron de viaje y no pudieron regresar a casa por el estado de emergencia de la pandemia, así que estoy sola ya varios días.

Curado y vendado mi gato, le agradezco a Paula su gentileza y le invito a tomar un refresco, o lo que ella desee. Me responde que le gustaría uno de esos tinticos que aromatizan todo el piso del edificio cada mañana. Tiene pan recién salido del horno que hizo su madre y se ofrece a traer alguno para acompañarlo.

Cuando Paula regresa, me encuentra en mi rincón de máquinas y variedades de café, se acerca y para romper el hielo dice: "en esta casa hay más aparatos para hacer café que personas" su comentario es gracioso y me induce para hablar de mi pasión por el barismo, bajando la tensión entre nosotras. Paula recalca "estamos confinadas y sabemos que no estamos contagiadas es absurdo que usemos los cubrebocas", reímos a carcajadas y al fin logro ver su rostro completo.

No sentamos en la mesa de diario, su pan es delicioso, le comento que cada vez que hornea desfallezco, ella responde que podría venir todos los días por un café. Es la primera vez en seis meses que me relaciono directamente con otra persona.

Me dice que me ha escuchado llorar algunas veces y que no ha tenido el coraje de venir a ver que me sucede. Le comento que mi abuela murió en estos días y que no pude despedirme, ni asistir a su funeral. Nuevamente, rompo en llanto y Paula me abraza y una vez que puedo controlarme y dejar de llorar, ella seca mis mejillas y las besa, como secando mi rostro.

Nos sentamos en el sofá de la sala y reímos como si fuéramos viejas amigas, como si hubiésemos vivido muchas aventuras juntas. Dialogamos de cómo cambiaron las cosas y ella dice "vamos a morir vírgenes". No paramos de reír me encanta su buen sentido del humor. El ambiente se torna algo caliente con el tono de nuestra plática y estamos tan cerca que puedo escuchar sus latidos en los momentos de silencio, me imagino que Paula también escucha los míos porque parece que mi corazón va a salir disparado en cualquier momento.

Ella se acerca más y me abraza, me siento un poco incomoda al sentir sus pechos tan cerca de los míos, pero es una sensación que me agrada. Su piel tiene un aroma a fruta fresca, a lima y me dice muy despacito "tu cabello huele delicioso", mientras me acaricia el cabello. Yo siento que todo mi cuerpo tiembla y que mis hormonas están al límite. Paula toma mi rostro delicadamente y me besa muy despacio con esos preciosos labios carnosos.

A pesar de que tengo una llovizna de ideas y pienso que nunca he tenido una relación íntima con alguien de mí mismo sexo, no puedo contenerme y correspondo los tiernos besos de Paula. Quiero dejar de pensar y únicamente dejarme llevar. Perdí la razón, el encierro me está llevando al borde, pero esta emoción es más fuerte que cualquier idea. Paula delicadamente acaricia mi cuerpo, yo me contengo y ella besa mi cuello. Como por arte de magia me relajo y dejo que Paula haga lo que ella quiera.

Mi conciencia no me deja tranquila, pero tímidamente toco sus pechos y los acaricio suavemente, ella me pregunta al oído si tengo miedo y respondo que un poco. Toma nuevamente mi rostro con las dos manos y me dice relájate. Con besos suaves y dulces va rozando toda mi piel, bajando de a poco. Voy a desfallecer, trato de no llegar al éxtasis y de compensar de la misma manera la abundancia de caricias y ternura.



La razón me grita ¿qué estás haciendo? Descubrir cosas nuevas siempre ha sido lo mío, pero nunca se me cruzó por la mente algo como esto, la excitación de las dos es extrema. Nadie en toda mi vida, me ha besado con tanta dulzura, ni me han tocado de esa manera, tampoco había conseguido cuatro orgasmos seguidos.

Nos quedamos abrazadas y recostadas en el sofá, en un silencio absoluto. Parece que ella me conoce mejor que yo misma, a la vez tengo una felicidad increíble y me siento totalmente plena y relajada. Permanecemos profundamente dormidas, cuando de pronto una voz ronca grita en el pasillo "Paula, Paula". Su padre la busca porque es hora de la cena.

Paula se viste, me besa y dice ¡seguro tendremos muchas más tardes de café como esta!

Mi fantasma y yo, pensamos que no hemos vivido lo suficiente para que esta pandemia nos aniquile, tenemos que asesinar a la represión...



Lilia Quituisaca-Samaniego

(Guasuntos; 1982)

Ingeniera Informática de la Universidad Central del Ecuador; M.Sc. Visual Analytics & Big Data de la Universidad Internacional de La Rioja, actualmente se encuentra cursando una maestría en Matemática Pura y Aplicada. Trabaja en el área de Business Analytics. Fue nombrada directora de la Sociedad Ecuatoriana de Estadística, núcleo Pichincha. Colabora como investigadora adjunta en el área académica e interviene en congresos de ciencia y tecnología dentro y fuera de Ecuador. Participa en proyectos de diferentes colectivos de arte y concurre a recitales poéticos nacionales e internacionales. Ha publicado obras individuales y colectivas publicadas: *Adolescencia*. (pre-print, Ecuador 1997); *Tempestad invisible*. (pre-print, Ecuador 2000); *Versos en el aire II*. (España, 2014); *Indeleble Poesía. Segmento II*. (Colombia, 2015); *Versos en el aire VII*. (España, 2017); *Autorretratándose*. (Ecuador, 2017); *Indeleble Poesía. Segmento III*. (Colombia, 2017); *Entre sílabas anda el juego*. *Haikus II*. (España, 2018); *Por Todos los Silencios. Antología Poética POEPAZ. Vol. 2*. (Colombia, 2019); *Indeleble Poesía. Segmento IV*. (Colombia, 2019); *Contrarreflejo. Reserva de verdades*. (Colombia 2019); *uni-di-versos*. (Ecuador, 2020); *Por Todos los Silencios. Antología Poética POEPAZ. Vol. 4*. (Colombia, 2020).

En el campo académico científico ha publicado artículos como autor y coautor tanto nacional como internacionalmente.





Inmunidad

Sombras de ceniza
arropan obituarios transparentes,
los besos recaen sobre la noche agrietada.

Ensayo la muerte, ella en el escenario,
hambrienta en situaciones esquivas.

La ansiedad se cuela hasta los huesos,
las articulaciones debilitadas gritan,
palmotean su espanto.

Ningún síntoma es leve
cuando se incrementa el fastidio disecado.

El cazador de pieles desordenadas
recoge cuerpos amortajados
en el océano con disturbios acomplexados.

Una legión de cuervos acapara igniciones,
el silencio se refunde en la boca secuestrada, se aísla.

Inútil, desaparece la paz que creen tener los humanos.



Al menos

Tu cicatriz emocionada recuerda la contienda,
funde la piel bajo la esterilización de conciencias.

Tus heridas no protestan,
solo piden que la vida valga un céntimo más
que el segundo anterior –días con sol–.

Tus rasguños no emergen, no protestan,
se detienen, se anticipan con planes de reserva.

Mi cicatriz se pasma con una sonrisa,
sí, con la sonrisa junto a la excusa –tan nuestra– de hablarnos.

Mi herida desaparece en la noche,
sí, cuando llegas y arrullas mi rostro.

Mi rasguño se diluye al instante,
sí, con la caricia oportuna del abrigo.

No importa si las secuelas son tuyas o mías,
al menos el rasguño entra como hilo por el ojo de la herida
para zurcir cualquier cicatriz,
no importa si son visibles o imaginadas.



Denuncia

¿Para qué le imploras protección a la montaña?

Si el enemigo más próximo:

eres tú, que no tienes valentía, te ofuscas;

eres tú, que no dices «basta, ya no más...».

¿Para qué te cubres de algodones y gasas?

Que no sea causa de adulo:

las heridas que te punzan los poros,

la fragilidad que te lastima hasta la raíz.

¿Para qué llamas a emergencia?

Si cuando llegan no avisas:

que el dolor está en tus huesos dislocados,

que el tejido sangra sigiloso desde adentro.

No descanses sobre el atropello;

libérate, alma de látigos atravesados,

levántate, tus alas dobladas no merecen desplomarse.

No le digas al sol de tus dolores,

no le implores a la luna por brebajes,

no te acuestes en la miseria del falso intercesor.

No agonices, inmóvil,

perderás el sentir en tus entrañas, moribundo.

¿Cuántas llagas más para detener el exceso?

¡Cuántas llagas para detener el abuso...!

¡Cuántas llagas para detener los tratamientos burdos...!



Prescripción

Un camino quebrantado redirige los pasos,
una morada sin techo ni escarmiento
sepulta visiones despeñadas.

Las paredes ilustran radiografías usurpadas,
el paciente de pie frente al sol no despierta,
su agobio se reduce a sombras inmoladas.

Debajo del umbral está el lector
para descifrar garabatos postreros,
con émulo recita tres diagnósticos.

Ahí, los cristales pulverizados detrás del cuello
son relámpagos en tormenta amordazados.

Ahí, la yugular extenuada se extravía
en las hojas de ortiga dominadas.

Ahí, los rizos electrocutados
se vuelven malla de contención
que no exigen lumbré ni asfalto...



¿Cuándo volverás a verdear?

Al quitar la llave del cerrojo oxidado la tarde se inmutó,
se escucharon trinos lánguidos junto a las ramas secas.

Desde marzo tu frescor fue arrebatado,
algunos capítulos de soledad se adueñaron del huerto
y la confianza envejeció con alaridos de granizos infames.

Un pañuelo de maleza te abrumó con abrazos,
espinas reforzadas carcomieron raíces ingenuas,
algunos retoños convalecientes buscaban vida...

¡Despierta! -grité;
las hojas descompuestas custodiarán tu piel;
¡no mueras! -te pido;
injertaré lluvia para aliviar tu sed infranqueable.

¡Despierta, no mueras! -te exijo;
la soledad mustia, hoy, prescribió...



Gris aperlado

El collado absorbe arena negra,
mientras soplidos errantes imprimen noches huérfanas.
Un manojo de turbulentos azares vuelan enardecidos
en un remolino de voluntades inquietas;
relámpagos de arcilla flotan con sed.

En el cenit se reacomoda un espejo mate circular,
su caparazón no brilla prefiere ser silencio,
su libertad balbucea inventos perseguidos,
sus emblanquecidos estribos arropan bocados de consuelo.

Reaparece un arlequín escandaloso
con remiendos de cosquillas monótonas,
con frialdad rellenan el universo compungido
y sobre un baúl piadoso caen sus disparos obedientes,
sucesos desquiciados, susurros como débiles congojas.

El cuervo esbozó un chasquido histérico en la ventana,
como guardián de cuerpos casi yertos;
merodeaba hace unas semanas,
nadie le detiene –se escabulle–;
secuestra almas hambrientas,
las destroza hasta saciarse –sin vacilación...

Algunos dolientes aligeran su llanto,
otros imponen plegarias con cuatro misterios;
alguien toma con la mano izquierda un pañuelo blanco,
lustra la madera hasta cristalizar.

Todos parecen consternados,
nadie relata recuerdos desagradables
y solo uno de ellos advierte que el difunto entristeció.



En contraste

La noche será eterna por cada luna enclaustrada;
sin importar la estación ni el firmamento
zigzaguea alrededor del relato aliviado.

El picaporte fundido compite sin ruido,
golpea monedas en los bolsillos estremecidos
que se avientan desquiciados sobre un túnel en retiro.

Las grietas despiertan en calles desoladas,
frívolos quejidos con insomnios tétricos,
calendario sin días, sin nombre, sin huellas.

El papel sigue en blanco,
no acepta llantos ni exprime hastíos;
pierde sigilos, alimenta miedos sin suspiro.

Cintas negras encienden los portales,
con múltiples mensajes atiborran la quietud:
«lo siento, resiste, resignación, se nos adelantó, allá nos espera...»

Muchos nos quedamos en resguardo;
algunos no resisten la soledad,
no quieren estar rodeados de bullicios extraños.



Se le olvidó nombrarte

Abuelo, viejo roble de hierro de casi un siglo,
antes de llegar a los noventa y cinco años
dices: «apenas he recorrido la mitad del camino...».

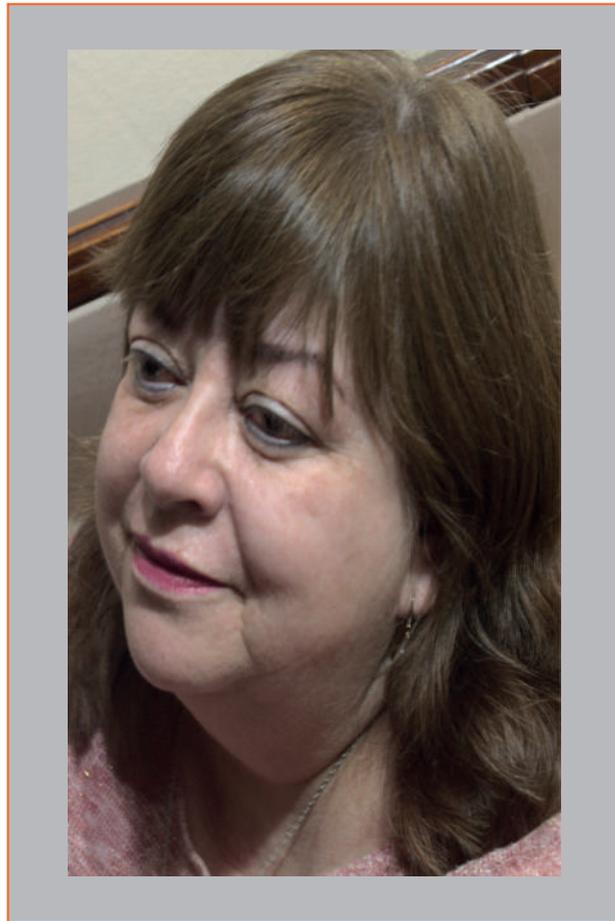
Por cada paso desdoblado sueles entramar ejemplos,
por cada dicho evidente tus ganas de aprender
jamás se confunden con suplicios.

Seguro. Nada te intimidó.

Sin embargo, una mañana tu fuerza decayó,
doce lágrimas circundaron tus pupilas,
desde ese día relegaste el nombre de aquellos
a quienes ya no les importabas.

¿Será qué a propósito olvidas sus nombres
como advertencia a su descuido?

Por eso, TÚ,
no reniegues si nunca más escuchas
que su timbre de voz te nombra.



Elsy Santillán Flor

(Quito; 1957)

Doctora en Jurisprudencia y Abogado de los Tribunales del Ecuador. Ha escrito 25 obras de narrativa, poesía, narrativa infantil, novela juvenil y teatro. Ha obtenido los premios nacionales “Jorge Luis Borges”, Quito, 1996, “Pablo Palacio”, Quito, 1998. Premio en colectivo de La Casa Internacional de Escritores y poetas de Bretaña, París 2013 y Mención de Honor del Premio “Joaquín Gallegos Lara” a la mejor obra publicada en Teatro, Quito, 2014. Consta en antologías del país y extranjeras, tanto de cuento como de poesía. Traducida parcialmente al Húngaro, Francés y Búlgaro.





Tardes conventuales

Desde esta fortaleza de cemento
donde conviven el todo y la nada,
agua, fuego,
tierra y aire.

Donde no hay necesidad de mucho
y a la vez, parquedad de poco.

Donde hay ventanas y escondites,
jardines, remansos,
aleros y espejismos.

Donde existe algarabía,
pero no libertad desde hace meses
por el encierro helado
que oprime el alma y la revienta.

Desde esta fortaleza de cemento
donde duele el vivir
y hacemos llorar a la conciencia.

Donde existe el tiempo del recuerdo
de la vivencia amarga que opacó los días
hace largos años extinguidos.



Pero aflora presto
con sonrisa de siniestro duelo
burlándose de todos y de todo.
Gritando que en medio del encierro
también hay que recordar
para vivir de nuevo.

Acepto el reto de las cosas
y pienso en otras tardes
de punzante evocación,
pero recuerdo...

... Un auto pequeño, color de la mostaza,
llegaba por las tardes al convento.

Hija y madre se apeaban
bolsas en las manos,
carteras en los hombros,
disimulo en la sonrisa,
la impotencia como escudo.

Perros guardianes salían prestos,
moviendo colas,

Cuando se cierra la puerta



aullando muy quedo.

La pena flotaba por el aire.

Un jardín de flores asomaba entre ellas,
grandes árboles de troncos gruesos,
margaritas y geranios,
lirios o azucenas.

Uno que otro auto estacionado,
tres o cuatro novatos saludaban,
otros se escondían,
rezaban.

Eran sombras caminando
con un libro entre las manos.
Se ingresaba entonces por la puerta.
Olor a tristeza abrumadora,
sonido de silencio en los rincones,
losetas de rosado claro.

Otro corredor de baldosines,
una puerta átona y cerrada.

Un aposento pequeño,

Cuando se cierra la puerta



sobrio,

y una cama blanca,

muy sencilla,

la colcha floreada con hastío,

palangana y pantuflas en una esquina,

en otra, el andador con el bastón

y una mesa pequeña para luz.

La tristeza enmarcada en todo el rostro

pensativo, con dolencia aguda

apenas sonreía.

Hablaba lento.

Para ellas era un designio del arcano;

para él,

una señal divina.

Una perra de ojos bicolor

entraba de repente a ese cuarto,

acariciaba su cabeza y cuello

con su mano delgada y bondadosa.

Otras veces entraban los novatos

apegados a libros y rosarios,



eran jóvenes y torpes en sus actos,
parecían no entender lo que pasaba.

Entre ellos hablaban tonterías,
ni siquiera cavilaban en sus vidas,
malgastaban días, horas y años
pensando alcanzar alguna fama
en la vida de santidad futura
que intentaban forjar
entre los cirios.

Otros momentos entraban los expertos
con pose de sencillísima arrogancia,
miraban a la madre y a la hija,
separaban, presto, a los novatos
pensando que quizá
entre ellos podría haber
la ruptura de alguna regla
providente.

Y él se mantenía en el camastro
a veces decía algo, otras la nada,
su silencio era perdurable.

Otras veces
era visitado



por antiguos alumnos y amistades buenas,
se recordaban sucesos que pasaron
y en su boca aparecía algo de risa.

Instantes de fina escarcha
donde la dureza sufrida
en algo eran olvidada.

Madre e hija salían de ese cuarto,
de ese corredor y de ese sitio.
Atravesaban la arboleda y flores
pensando siempre que podría ser
la última vez que lo veían.

La penumbra cobijaba su camino,
con la noche llegaban a su casa.

Un día,
de esos que aparecen
arropados de angustias y de llanto,
traía un cruel recado
a los oídos.

La noticia fue como saeta



que incendió la vida en llamarada.

Nueve días después,

la parca vino

inminente

y sin tregua de por medio.

Dejó lluvia,

girones de tristeza,

vacío,

soledad.

¡La ausencia, es eso!

Y en medio del dolor inmenso,

de esa feroz melancolía que no pasa,

no pronunciaré su nombre en esta hora.

No lo querría.

Solo diré que fue mecido por el viento

una mañana de sol

hacia el ignoto arcano.

Se fue su carne, pero no su alma.



Él vuela a mi lado, todo el tiempo,
y habita conmigo en el silencio,
en la hora negra y misteriosa,
o en el instante claro y luminoso.

Dolor horrible, inconsecuente,
que aparece en todas mis mañanas,
me habita cual horror de inmensidades.

Pero en medio de la hora estremecida
la memoria no descansa, y siempre vuelve
al calor de sus manos,
a su abrazo,
a los diálogos repletos de consejos,
a la sabia palabra que salía
de su boca:
pequeña flor en lila.

Al asombro que asomaba de repente
en sus ojos color de lejanía.

Al amor parental que me otorgaba
en los tristes momentos que asomaban



por los raros caminos de la vida.

No fue mi padre,
tampoco mi hermano,
ni mi abuelo.

Fue todo junto.

Quedaron en mi memoria retenidos
sus últimos dos años de existencia.

No era viejo,
tampoco era muy joven.

Era el sol que calentaba vidas,
era refugio, dichas y consuelo.

Era bálsamo,
agua de cascada,
ternura y gentileza
al mismo tiempo.

¡Las bromas de la vida son enfermas!

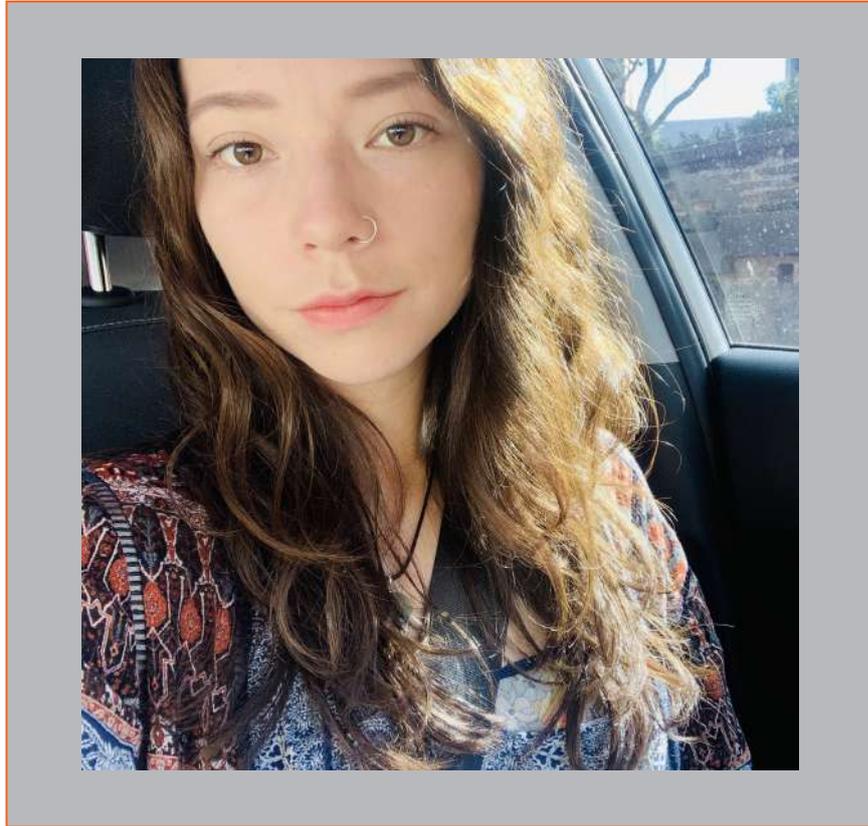
La vida en sí,
maligna perra de hortelano.

Cuando se cierra la puerta



Y desde esta fortaleza agigantada
por el recuerdo punzante
que devastó la vida para siempre,
desde aquí,
solo espero que las turbias aguas
en caudales de paz y de esperanza,
retornen a sus cauces esplendentes.





Estefany Vaca

(Quito; 1996)

Estudió Comunicación y Literatura. Escribe poesía y hace collage análogo. Ha participado en el festival de poesía internacional “Paralelo 0” y en revistas digitales. Forma parte del libro *La flecha de Zenón*, dieciséis ensayos sobre Kafka y es autora de *Las ventanas del cuerpo* (El Ángel Editor, 2018).





Posibilidades de una ventana

Siempre me gustaron las ventanas

son la forma de observar

que conozco...

Y son un hombre buscando luz,

un niño esperando a su madre,

una entrada directa a las sombras,

una silueta que se aleja,

la necesaria distancia,

la alegría y la nostalgia,

un lenguaje silencioso,

un escudo para pensarlo todo.

Una ventana

cómo extender una mano,

como un primer espejo

donde se extiende el llanto

sin salpicarlo.

Donde podemos

conservar las cosas como son,

conservar la posibilidad de soñar

un pedazo de cielo y

un silencio efectivo.



Desde allí suelo mirar la calle

mirar

simplemente

el pavimento

con su soledad formada de huellas.

Descifro el vacío,

el encuentro con lo no vivido

que busca un nuevo

lugar que arder,

que sentir.

Para luego volver al cuarto

que me habita,

que sabe de mí,

mejor que ese mí.

Un espacio

cuando el cristal

es opaco y nos quedamos

solos con nosotros,

sin saber quiénes somos,

envueltos en cemento

Cuando se cierra la puerta



escuchando un latido

permanente.

Los espacios

conocen

nuestro hundimiento,

saben exactamente

el peso que somos.

Una geometría recortada

nos recuerda que

la vida se apaga

y se prende

como una luciérnaga.

Los días son irremediables

y el tiempo es el color

de cada cielo...

Caían las tardes,

cómo caían las hojas del árbol

que miraba dejar sombra a los pájaros

y, ahora, solo refleja ramas irresueltas

que buscan recoger su vestido,

Cuando se cierra la puerta



como nosotros buscamos

recoger el tiempo perdido.

A veces, con esa espada de luz,
al apagarse el sol del día,
el lenguaje de mi rostro
se mostraba con cada línea
y podía ver mis ojos brillando
filtrando toda esa claridad
para hacerse más claro el mundo.

Una ventana
es una pantalla
y estar detrás.

Era decir palabras
que se extrañan como otro,

tocar,

seguir,

palabras con un pasado
que pasaban sobre mí.

El lenguaje de encierro
es solo recuerdo

tras recuerdo,

Cuando se cierra la puerta



ola tras ola,

pájaro tras pájaro,

imagen tras imagen

descolorida

hasta llenar todo de blanco,

con un eco profundo,

deseando que lo llenen

a toda costa

con el lenguaje.

Un pasado creando lo que decimos,

delineando figuras que adornaban

este silencio

silencio

que nos sigue dentro.

Que nos acompaña

sin saber que sangra.

(A veces en ese silencio

escucho una palabra susurrarle a otra)

Dentro me sentía crecer

botando células,

sin saber a dónde van

Cuando se cierra la puerta



o cuando caen.

Cómo siento que se van las
palabras cuando las pronunciamos,
como siento que es mirar

a través de un rectángulo.

Escuché a mis huesos.

Parece que caminamos

encima del cementerio

de lo que decimos,

de lo que suelta el cuerpo.

La escritura encerrada

recoge todos los fantasmas,

sacude todas las cenizas,

voltea todas las formas,

se busca un lugar

encima de lo pisado.

Se hace un nudo,

se articula débilmente

a una membrana de la voz

y espera

que la arrojen

a ese blanco desesperado

Cuando se cierra la puerta



que teme se
llene solo de memorias
si no grita.

A un poema escrito
desde la ventana
lo arrastran unas manos
por el polvo,
lo arrastran porque
nadie sabe qué hacer
con un poema en la garganta,
más que rescatarlo de ser mordido
y darle un poco de sombra.

Yo arrastro un poema
que he visto pasar
a través de
la ciudad vacía,
que se ha querido contar
cuando todo lo demás
calla dulcemente,
cuando dejamos
las sombras solamente.

Cuando se cierra la puerta



Lo que se queda atrapado

entre el ojo y

la belleza,

los versos entre el cristal

y el cielo.

Las ganas de morir

con un nudo en la garganta.

Cuánto ruido contiene

las noches de este poema (un sueño son todos los sueños),

cómo disuelve

tras un cristal

a un hombre

el lenguaje.

Y lo que se esparce

en un cuerpo

no se olvida,

solo se oxida.

El silencio se encarga

de esparcir las huellas.

Las palabras

son para volver.

Cuando se cierra la puerta



Lo que decimos vuelve.

Las manos que arrastran

vuelven

todos los días a nacer.

La poesía se vuelve

esa misma ventana

que a veces asfixia,

pero es transparente.

Detrás de ella

ya no importa si somos

diferentes,

si algo nos sigue

como una campana

a todos lados

(si esa campana

somos nosotros).

Mirar sin estar

no permite soltar.

Las ventanas

no son

más que otro

espejismo.

El lenguaje se tensa

Cuando se cierra la puerta



y en esta ciudad

la mayoría de ventanas

tienen rejas,

hasta el sol nos es dividido,

hasta el cielo nos cuentan.



Javier Valencia

(Quito; 1975)

Magíster en Comunicación (UASB), Diseñador (PUCE), ilustrador, escritor y músico aficionado. Ha publicado *Pendientes* (El Ángel Editor; 2013); *Ahora viene mi padre* junto con la cubana Liyanis González Padrón (Colección 2alas, El Ángel Editor; 2016), parte de su trabajo ha sido publicado en antologías de Ecuador y España. Participó en el 6to Encuentro Internacional de Poetas en Ecuador *Poesía en Paralelo Cero* 2016. Ha escrito artículos y ensayos sobre arte, comunicación y cultura para medios digitales e impresos.





Al filo de la esperanza

María toma con su mano congelada las prendas que deja el aguacero, aun estilando, como rezago de las nubes negras que pasan por su tapial, es un invierno que nos vino más duro que otros años, el planeta ha calmado un poco sus febriles rondas solares, pero el bajón del efecto invernadero se siente más profundo en pies, tobillos y pantorrillas, ¡ahí!, a ras de piso, donde aterrizan los grados bajo cero, la nieve boreal e incluso la soledad de los vagabundos. A eso se suma el vacío de las calles, el poco abrigo que deja el silbido del viento, la tristísima canción de la llovizna impertinente en la quietud de las paredes que le ponen mala cara al sol para sonreírle a la helada que viene corriendo desde el páramo para quietarse en las rendijas, cómplices del concreto confabulando el dolor de la inercia. María mira a un vagabundo desde su tapial, mientras desdeña el tendedero sacudiendo la lluvia que desborda los tejidos de su cotidianidad. Él, mientras tanto, raspa con una piedra su nombre repisado por siglos en la pared grasienta para no perder su lugar, todos los días bautiza el zaguán en el que duerme, desolvida su nombre para perdurarse en su memoria, el grosor de cada letra es casi una mancha ilegible. ¿Puede esta ciudad carcomida por el espanto conjugar su nombre con certeza? ¿Puede este laberinto acomodar las letras de su historia para nombrarse a sí misma, sin esas bandadas de buitres devorando el pavimento con su utilería de engranajes? La ciudad perdió sus aspiraciones, falta que la sacudan los migrantes de todas partes, falta el chillido de la oferta y la demanda, el acordeón del ciego con su mujer fiel secundando su voz, la puñetiza a las afueras de un antro, el mareo y el vértigo.

María baja con la tina a su costado las gradas estrechas que la llevan a su cuarto, a duras penas sus pies pueden atinar cada peldaño, baja uno primero y los junta, cuando ya se sostiene suelta una pena y la enumera como un anhelo: ¡Ay! un trabajito de lo que sea ¡Ay!, ojalá tengamos que desayunar ¡Ay!, la plata que no hay ¡Ay! los guaguas, ¡Ay! si pudieran estudiar ¡Ay! sin internet ¿cómo?; mientras aguanta con su cintura la tina, gira la cerradura, empuja la puerta y le estalla en la cara un revuelo de criaturas picoteando carcajadas y piruetas, Manuela y Marquito están que no pueden más, María no asimila esa plenitud, ella se queda suspendida y se tambalea tratando de descifrar los misterios que la alegría esconde en esos dos diminutos pájaros encendidos que se desperdigán por las camas y el sillón. Les habla, hecha la enojona “¡Ya quietitos!” y ellos escuchan complicidad más en su voz que en sus palabras para seguir como si nada, y María tampoco espera que nada se calme, lo dice de boca para afuera “¡No harán mucho relajo!”, mientras retoma su camino hacia el baño, ya de espaldas a los niños sonrío.

María duerme a los niños, sin canciones ni cuentos, solo se acomoda en la cama de Marquito y estira con su mano la cobija, buscando y retirando con paciencia las bolas de pelusa que va encontrando, Marquito percibe el rozar de la mano de su madre, como si un gato ronroneara en el pie de la cama, cuenta las



pelusas arrancadas como ovejas hasta conjugar las primeras imágenes de un sueño. Manuela es más pequeña y sus fuerzas se agotaron con la última persecución en infinitas rondas de la cocina al dormitorio. María con ligereza felina deja el ronroneo de sus manos para levitar sigilosa hasta el umbral de la puerta, toma lo que debe llevar y sale a la ciudad, buscando de qué vivir, pero se topa con la misma soledad de todas las noches, camina por las calles despreciando las veredas pues no hay autos que esquivar, transita como un fantasma, su soledad ahora más grande en ese universo de piedras caladas y empastadas. Las paredes callan porque saben lo infructuoso de su búsqueda, nadie a quien pedir nada, nada que pedir a nadie, nadie que quiera ayudar en nada; María serpentea la ausencia de su ciudad, traspasa los límites que el cansancio de la noche anterior advirtió para volver, cuando nuevamente sus pasos orillan ese límite, ella retorna dibujando el tramo que no caminó, para ver qué encuentra, mientras menos cuadras distan de su casa, sus ojos se desahogan con corrientes cada vez más copiosas, luego su boca en sollozos acompaña el caudal de sus mejillas, a dos calles de terminar su vuelta, María seca su sudor y lágrimas con la chalina que su madre dejó olvidada cuando la llevaban al hospital.

María sonrío iluminando la niebla, más que las luces del alumbrado público, sus dientes adelantan el alba, y Solino, el vagabundo, en su inmundicia se deja lavar por los destellos que María lleva revoloteando en su boca, la grasa del zaguán se tornasola y los colores que decoran su cara sucia lo despiertan, mira venir a ese fantasma que vio en la mañana sacudiendo de lluvia el tendedero y apresura en levantarse y rebuscar entre sus trastes una caja que contrasta con todo el escenario por su perfecto estado, toma lo más limpio de sus trapos y sacude con delicadeza el cartón para que quede más presentable: – ¡María! – expulsa de su pecho un susurro fuerte que espera alcanzar a ser escuchado, ella se detiene y abraza su miedo. – ¡Aquí María!, tenga. – la sombra del diminuto hombre se estira como un elástico azul en la madrugada, dejando en los pies agobiados la caja flamante con la inscripción *Almacenes Buenavista*, apenas María la recoge, la figura de él se contrae y busca escondite en lo más oscuro de su zaguán, con un eco amordazado se le oye decir – Para que ya no camine de noche María -.

María vuelve con sus niños, espera sentada a que despierten y salgan, ya desvalijó la caja con frutas, queso, leche y pan; no desborda de alegría ni nada parecido, mañana será otro día.

¿Cuántas historias nos trae el encierro, cuántas calamidades quedan por contar?, nos duelen los toques de queda, la indiferencia, el vacío que la ausencia deja, nos mata la muerte cotidiana, los números fríos que se suman mientras deambulan por las pantallas, nos arruina la pobreza que nos pasa saludando en cada aventura por las calles, desespera esa ninguna buena noticia que esperamos llegue, nos ahoga la impotencia y abochorna la poca necesidad de reclamar, nos intrigan las ambulancias que se encarreran a ningún destino, el oxígeno que se agota en las alcobas, la demencia del poder, el sinsabor de la mentira, la desesperanza fulmina.

Cuando se cierra la puerta



Pero más que resilientes, somos duros de roer y ojalá que le aguantemos a la muerte.



Carlos Vallejo

(Quito; 1973)

Premio Nacional de Literatura “Aurelio Espinoza Polit” (2007), Premio Cesar Dávila, Ministerio de Cultura, 2009, Premio Fondos concursables, Min. de cultura, por el libro “Ritual de moscas”, 2017, Premio Nacional de Fotografía revista Vanguardia 2007, Mención de honor en las Bienales de cuento ecuatoriano “Pablo Palacio” 2001 y 2003. Ha publicado los poemarios: En mi cuerpo no soy libre (2001), Fragmento de mar (2003), La orilla transparente (2007) y Ritual de moscas (2017). En Narrativa: Relatos del mal soñar (2004). Coautor del cuaderno de fotografía y poesía Matrioshka (2001).





Habitación 18

Ver brotar el silencio como palabras,
como gente que me señala y vigila por las ranuras.

Mirar la mesa teñida de sombras:

un plato sin servir,
un café que nadie toma,
una botella vacía...

La mirada busca refugio junto a la ventana,
sobre el cajón, en las paredes, es un pájaro fugitivo
enredado entre preguntas...

El aire se endurece y calla
sobre esta cama,
sobre esta esquina del mundo,
donde la soledad,
como una muñeca sucia, me acompaña.



Óleo confinado

Las banderas de la tarde rompen tus relojes,
la tarde es cualquier día, un río indiferente al ascenso de tu luz,
luz de cualquier noche, jardín dormido;
banderas de un abecedario turbio,
guillotinas de tu última palabra.

El futuro es un barco de nieve perdido en el viento,
reconoce al timonel detrás de tus propios pasos.



Fiebriversario

¿Y si nos pudiéramos tragar a mares
con península y bacterias?
¿Y si en vez de lija y cincel
quebramos nuestras efigies
de tanto empacho? ¿de tanta costra limpia?

Todo tiene su reniego:
hay azufre en las camas del cielo
y el microbio también sabe amar a toneladas.

“Esto es nuestra casa”, pero, si no me equivoco:
hay tacitas de té con sus viejas muertas
y un charango enfermizo en el fonógrafo.

-¿Y?, ¿y?

Pues que los pájaros de Darwin
son robustos y yo soy un insecto astillado.

Y ¿qué?

Que hay un saco quebrado
por donde se riega el tiempo
y ya no estamos ilesos.

¿Dónde oler el pan cuando todo hiede a mantecas?

Cuando se cierra la puerta



Hoy es un día mojado bajo los sobacos

y hay recuerdos

que se alimentan de las rosas que

mueren en el tarro de basura.



Construcción

Nuestra casa se encerró en esta casa
(-aquí, corazón, estoy-),
pintando del hogar tuyo-nuestro, la casa
y tú dentro de mí,
encolumnada, nerviosa, de luz a luz,
ladrillo a ladrillo izada de
algo más que besos,
sumida en algo más que
paisajes, letra a letra
engastada
en un Somos gigante
que nos dimos en este último fin del mundo:
dos alas, dos envergaduras de horizonte
dueños de esta morada en mitad del tórax,
lugar donde el virus mide la distancia
de nuestras vidas, heridas
que se unen y desmoronan,
estación derruida en la que nos crecen
escaleras y ventanales para
salir a pasear contiguos, tejidos
por esa sombra en la que cuelgan
nuestras mutuas telarañas.

¿Y dónde seremos la cocina de ayer?
¿Y dónde la almohada y el columpio sano?

He puesto flores en el balcón
donde ya no crecen ni las palomas.
¡Carajo, por qué eres así! nos decimos
a puros decibeles, a grito bajito, torcido,



sudado de fiebres desde agradecidos ventanales,
mientras dentro de los pies nos
rechina el frío, peldaño a peldaño,
porque pusimos todo de nos (y por eso
vemos el cielo más abajo
y cada uno y uno, antojadizos,
verá qué hace con esa estrella
que como gato suicida ronronea
en nuestras manos).

Ah, gratitud de morir en casa
girando la llave de nuestros latidos,
alojándonos desnudos en
medio de los labios pálidos; yo
sumergido en tu boca y tú
jugando con mis neuronas
que ya parecen pocas; tú, casual
como una pelota de papel higiénico,
me das luz verde hacia
los escenarios de tu muerte y yo
(menos lúcido por las pastillas de este veneno)
te miro como a esos viajes truncos,
como a esas frutas malogradas,
como a aquellos húmedos guarismos escolares,
o como a la flor que nunca nos dimos al hallarnos.

Y ahora, ¿qué somos?

Más que ebrios de nuestros
propios Yoes ¿Nos podemos
hacer un favor?
No nos pidamos castillos:



se está bien muriendo aquí
entre nuestras piernas, ¡tan bien!
aunque la cama de la realidad
se quiebre
y el colchón de soñar
nos quede demasiado chico;
ya ves que hemos juntado
nuestros corazones funestos
y vamos de aquí a aquí
sosteniéndonos de reajo

por tristes y roncadas palabras,
asidos a lo mutuo, como dos animales
trágicos que se miran desde
el mismo torbellino cada vez que,
diciendo “Mañana”, volvemos a aparecer
tu cara y, acaso la mía,
en nuestros ojos vaciados y sin futuro.



Hiedra

Un minuto es ayer. El reloj es otro.
La leche envejeció infinitamente
desde que ya no nos hacemos.
Ya han pasado nada: diez meses.
La cama se dio por no mover
un músculo y hay algo aún
suplicando desde mis pantuflas.
Da pena pronunciar ese cepillo olvidado
de tus dientes, o el paraguas lila.

(El otro día nos vimos en las páginas
de una librería y me dio ganas
de llorar, pero estaba muy caro. Ya
te habías corrido por mi pantalón.
Ya me habías apagado el celular
en la cara. Ya me odiaba tu
amiguita turgente. Ya se me habían
subido las cebollas, otra vez, a la cara,
y ya nos habíamos dedicado
las consabidas palabrotas luego del
común acuerdo. Así de sucios.)

A través de la neblina se cae abril,
lampiño, pálido. Da pena el segundero
ahí quedado por esas escalinatas que
nunca volveremos. ¿No hay un juez
que diga que no nos infectemos tanto? Al apuro
te conseguí flores pero siguen tiritando.
Y paso y no paso por esta casa en que
nada se guarece. Estoy y no estoy
a milímetros del timbre. Ya he dejado

Cuando se cierra la puerta



un papelito en la enredadera. Ya
me limpié el lacrimal con nuestro anillo.
Nunca es fácil lidiar con lo muerto.



Sara Vanégas Coveña

(Cuenca; 1950)

Embajadora Universal de la Paz (París/Ginebra). Embajadora de la Palabra (Madrid). PhD. en Filología Germánica (Múnich). Magíster en Docencia Universitaria (Cuenca). Profesora de Lengua y Literatura Española (Madrid). Exprofesora en las universidades de Múnich y Bielefeld. Docente-investigadora de la Universidad del Azuay (en 2019 apareció su Poesía Ecuatoriana, Antología Esencial). Condecoración Matilde Hidalgo de Prócel al Mérito Cultural, 2017. Premio Nacional de Poesía Jorge Carrera Andrade, (Antología Personal, 2000). Premio Hoja de Encina (Versos Trashumantes), por la Asociación Prometeo de Poesía, Madrid, 2001. Premio Nacional de Poesía Jorge Carrera Andrade, (Al Andar, 2004). Organizó y presidió el I Encuentro Internacional de Literatura Francachela, Cuenca 2007. Dirige un Taller Literario y un Círculo de Lectura. Ha publicado: 13 poemarios, 9 antologías literarias críticas, una novelita para niños y un diccionario de autores ecuatorianos. Sus poemas han sido traducidos al inglés, alemán, portugués, italiano, francés y rumano. Consta en importantes antologías de poesía nacionales e internacionales.



Cuando se cierra la puerta



Las estatuas

envidio a las estatuas
que con frío
pero sin pánico
ven como nuestra existencia se deshace
frente a sus ojos de piedra



1

soñó un ángel
oscuro
una bandada de
ángeles negros
extraviados
furiosos...
pero no eran ángeles
era un huracán
un gran huracán violento
y entre sus pliegues
llevaba
cuerpos casas árboles
aeropuertos
piedras hospitales
hojas pisoteadas
polvo
alucinada
impactada
se levantó
encendió la radio
y lo primero que escuchó:
el planeta está apestado//

las estatuas no sueñan



2

cual marea de moscas langostas
o ratas
(¿se repetían las siete plagas de Egipto?)
cayó sobre el rostro
de los paseantes
de los pacientes
de los estudiantes
de los vigilantes
de los viajeros
y se cerraron las puertas de los edificios
de las chozas
de los bares y restaurantes
y faltaron camas
familiares
amigos
palabras
lágrimas
consuelo
aire
faltó vida y sobró muerte
se detuvieron transeúntes
aviones
buses
barcos
trenes
bicicletas
autos
el tráfico total
solo se escucharon sirenas
silbatos
gritos
aullidos

todos preguntaban
todos ignoraban
querían saber
qué les estaba amenazando
qué les estaba matando
y nadie respondía
porque nadie hablaba



porque nadie sospechaba
porque nadie sabía
todos se mordían los labios
la lengua
los puños
la poca esperanza rescatada
todos en el ruido de la angustia
de la agonía
de la impotencia
de la muerte sorpresiva//

las estatuas no sufren



3

pueblo olvidado
la peste recorre los barrios como un perro callejero
sólo fantasmas deambulan
enmascarados
con la mirada
enferma
caída
ventanas clausuradas
árboles marchitos
sólo el miedo se pasea
sin temor
haciendo sus propios caminos
sus propios cementerios//

las estatuas no descansan



4

gente cabizbaja
mustia
en silencio
como si hablar fuera un delito
mucho más acercarse
darse la mano
los buenos días
todo está prohibido
sales casi a escondidas
irreconocible
y los niños te huyen
tal vez estás contaminada
tal vez traigas la enfermedad
la muerte
sólo los perros
se acercan a tu miseria
mísero ellos también
lamen tu poca existencia
escuchan
tu clamor
tu angustia
los míseros canes de la peste//

las estatuas no escuchan



5

pero es cierto:
ayer vi caer un árbol y
un niño
a nadie se le permitió socorrerlos
a nadie se le permitió darles un adiós
digno
solo el viento
y mis ojos
los lloraron
no serán recordados//

las estatuas no lloran



6

que está presente desde 1984
o desde 2017
o aún antes
patentado
perfeccionado
con alas internacionales e intercontinentales...
se dice tantas cosas...
que ahora quieren doblegarlo
sin éxito
¿será cierto?
yo
poco entiendo
de lo que dicen
y de lo que no dicen
pero he sido alcanzada por la ponzoña de la propaganda
del encierro
del pánico
de los muertos

ya no puedo
estar con los míos
verlos
abrazarlos
no puedo besar a mi madre ni a mi novio
no puedo ir con mis amigos
no puedo no puedo
no debo no puedo
no entiendo
por qué no puedo

tanques de alcohol
quintales de jabón
cientos de cajas amontonadas
de máscaras mordazas
papel higiénico
alimentos enlatados
frutas deshidratadas
utensilios de limpieza
miedo y más miedo
todo para defendernos



¿de qué?
¿de quién?

dicen que de un virus
un virus con corona
que se multiplica
que cambia
que es omnipotente
omnipresente
(tan difícil entender)
y que hay quienes se pelean por ganar
la batalla
contra lo que
ellos mismos
crearon
dicen
y yo aquí
en mi habitación
encerrada
desinfectando ropa
el pan
el cuerpo
pero no sé
cómo desinfectar mis pensamientos
mi cerebro
(ya tan contaminado con las noticias diarias
las estadísticas diarias
los fallecimientos diarios)
intenté
comprar un viaje
a una isla desierta
y allí quedarme
todo el tiempo
hasta que el Coronado tenga que abdicar...
pero nadie vende viajes
ni habitaciones
no
el planeta está cerrado
mi mente
poco a poco
se va cerrando también



ya no salgo
solo por la ventana
puedo ver
mi ciudad
vacía
sin gente
sin vehículos
solo el ruido infernal del vacío
del silencio
y la repetición interminable de cifras
de contagios
de fallecidos
y la vida pasa
a un segundo
tercer
ningún plano
me pregunto
¿qué sucederá cuando los pájaros
amanezcan
también amordazados?

envidio a las estatuas
que con frío
pero sin pánico
ven cómo nuestra existencia se deshace
frente a sus ojos de piedra



Jorge Vinueza

(Santiago de Cuba; 1968)

Nació en Santiago de Cuba, de madre cubana y padre ecuatoriano. A los nueve años, viajó a Ecuador, donde reside actualmente. Culminó sus estudios de Economista en la Universidad de la Habana. Ha publicado *En el umbral* (El Ángel Editor; 2018). Actualmente es docente de Literatura/Matemáticas en el Colegio Eduardo Salazar Gómez.





Divagación del solitario

En esta escala hacia mi destino, infranqueable reducto, en esta ínsula deshabitada, donde nadie puede llegar, ni el inmutable sol ni la transitiva luna, transcurren los instantes, se diseminan ideas, oscila la emoción, todo se aglomera en conexas fibras, por las que avanzan impulsos hacia el exterior, en el que aprecio la sombra de un árbol en la proyección teórica de la semilla, tocan mis manos insensibles la piedra, me congenio con el polvo y propago en la lluvia, desde esta cavidad, su descomunal vacío, entre húmedos y oscuros laberintos, de los que no podré salir, sólo callar para escucharme, percibir la respiración, el aliento que comparto, desde siempre, con los peces y las aves.



En el campo

A orillas del río, conteniendo la última avanzada de alisos y sauces, se amontonan las piedras, nada parece haber cambiado, el agua se desliza con parsimonia, sin el apremio de encontrarse con el mar, el sol se escabulle por las frondas, pequeños insectos escriben sus iniciales en la arena, y el peso transitorio de las aves se deposita sobre las ramas, desprendiendo algunas hojas, que rompen al caer las nubes del cielo.



En el sueño

No faltará ninguna estrella
en mi sueño, ni será el mar
más extenso, ni una sílaba
emergerá de las tinieblas.

Aunque avance, no pisaré
un solo milímetro de tierra.

(Llegar al mismo lugar
sin que nada suceda).

II

Sueña que pasa
un águila sobre su cabeza,
con la que comparte
la ilusión del cielo;
amanece y falta
esa águila suya
en la blanca realidad;
cierra los ojos, y una
son todas las águilas,
pero no la encuentra.



Fantasy

¿Y la fantasía...
esa otra realidad que existe
como complemento residual
de la conciencia, los sueños
que vemos en libros y cines?
¿A dónde queda, dónde va
su impugnación estupefacta
de lo natural, los elementos,
a dónde su virtual esplendor,
la magia, las hadas fugaces,
el holograma que se apaga
en la memoria de los niños?
¿Es al decir de algunos
representación de otro mundo
del cual somos sombra o luz?
¿Puede acaso existir algo más
una vez recuperada la lucidez,
ya exentos de la imaginación
y el entusiasmo del momento?
¿Y qué diremos a los hijos
cuando salgamos del cine?
¿Qué aquellos fantasmas
son nada... mera ilusión?
¿Qué no existe el Gato con botas,
la Cenicienta, Simbad, el Hobbit?
¿Qué sólo son héroes fantásticos,
amigos imaginarios de los niños?
Y al pasar, viendo los carteles, pondremos
la mano sobre el hombro, la mano segura
que faltará al padre, si llegara a enterarse
que no existe Dios.



Nada es igual

Nada es igual con el paso del tiempo
y la eternidad siempre es un instante,
ya que todo fluye, todo se disemina
y sólo adquiere transitorias formas.
Aun la luna, su esférica luz,
desaparecerá de tanto girar,
de tanto aparecer en las noches, una idea
ni siquiera es la misma después de surgir,
de replicarse en pergaminos y en piedras,
de exponerse al sol y a la lluvia, al polvo,
a la adhesión o al vilipendio,
a esta hoja y a estas líneas,
a ti, que por último, me lees
en cualquier lugar y época,
ya es otra cosa distinta, fue.
Porque esto que ahora digo,
esto que la tierra me infunde,
será refrendado o marginado,
circulará por otra red de arterias,
encenderá otras fibras lumínicas,
acertaré o seré negado, una, dos,
tantas veces, al cielo o al abismo.



Luna

Ver las cosas
ceder su permanencia
a la memoria. La luna
es la suma ineludible
de lo que es, y lo que
pensamos. La una
siempre gira (sin caer),
la otra sólo da vueltas
cuando nos acordamos.



Vaso

El vaso sobre la mesa,
cristal y agua, tiempo;
el uno forma definida
y susceptible, la otra.

El cristal molde, rigidez,
el agua fuga contenida.

El agua es la apariencia
del volumen que ocupa.

El cristal puede romperse
y acabar con su forma;
el agua nunca tendrá
la suya, sólo apariencia.

La luz traspasa ambas
sustancias, contenidas
por un invisible tiempo
en la superficial mano.

Índice

Cristian Avecillas Sigüenza	5
Confinamiento	6
Eduardo Alfonso Bravo Moncayo	17
Las paredes se hacen con miedo	18
Rubén Darío Buitrón	21
De la vida frágil	22
Gabriel Cisneros Abedrabbo	25
Elegía al hermano que no duerme	26
Huella	29
Blues de las despedidas	31
Decir que nos amamos	32
El pájaro azul de Bukowski	34
Gabriel Galarza Mier	37
Una ventana al paraíso	38
Cristián Londoño Proaño	41
Encierro	42
Ximena Mendoza Párraga	49
Corazón descalzo en tiempo de pandemia	50
Febrero	51
Abril	52
Katherine Mera Pereira	59
Espirituosos y espíritus	60
Lilia Quituisaca-Samaniego	63
Inmunidad	64
Al menos	65
Denuncia	66
Prescripción	67
¿Cuándo volverás a verdear?	68
Gris aperlado	69
En contraste	70
Se le olvidó nombrarte	71
Elsy Santillán Flor	73
Tardes conventuales	74

Estefany Vaca	85
Posibilidades de una ventana	86
Javier Valencia	97
Al filo de la esperanza	98
Carlos Vallejo	101
Habitación 18	102
Óleo confinado	103
Fiebriversario	104
Construcción	106
Sara Vanégas Coveña	111
Las estatuas	112
1	113
2	114
3	116
4	117
5	118
6	119
Jorge Vinueza	123
Divagación del solitario	124
En el campo	125
En el sueño	126
Fantasy	127
Nada es igual	128
Luna	129
Vaso	130



Este libro
se terminó de diseñar y publicar
en www.elangeeditor.com
el lunes 5 de abril de 2021
en Quito - Ecuador

MINISTERIO DE CULTURA Y PATRIMONIO
INSTITUTO DE FOMENTO A LA CREATIVIDAD Y LA INNOVACIÓN



LA POESÍA
se toma la RED

